



ENTONCES EN LAS AGUAS DE CONCHÁN

(Verano 1978)

Entonces en las aguas de Conchán ancló una gran ballena.

Era azul cuando el cielo azulaba y negra con la niebla.

Y era azul.

Hay quien la vio venida desde el Norte (donde dicen que hay muchas).

Hay quien la vio venida desde el Sur (donde hiela y habitan los leones).

Otros dicen que solita brotó como los hongos o las hojas de ruda.

Quienes esto repiten son las gentes de Villa El Salvador,

pobres entre los pobres.

Creciendo todos tras las blancas colinas y en la arena:

Gentes como arenales en arenal.

(Sólo saben el mar cuando está bravo y se huele en el viento).

El viento que revuelve el lomo azul de la ballena muerta.

Islote de aluminio bajo el sol.

La que vino del Norte y del Sur

y solita brotó de las corrientes.

La gran ballena muerta.

Las autoridades temen por las aguas:

la peste azul entre las playas de Conchán.

La gran ballena muerta.

(Las autoridades protegen la salud del veraneante).

Muy pronto la ballena ha de podrirse como un higo maduro en el verano.

*La peste es, por decir,
40 reses pudriéndose en el mar
(ó 200 ovejas ó 1000 perros).
Las autoridades no saben cómo huir de tanta carne muerta.
Los veraneantes se guardan de la peste que empieza en las malaguas de
la arena mojada.
En los arenales de Villa El Salvador las gentes no reposan.
Sabido es por los pobres de los pobres
que atrás de las colinas flota una isla de carne aún sin dueño.
Y llegado el crepúsculo
-no del océano sino del arenal -
se afilan los mejores cuchillos de cocina y el hacha del maestro carnicero.
Así fueron armados los pocos nadadores de Villa El Salvador.
Y a medianoche luchaban con los pozos donde espuman las olas.
La gran ballena flotaba hermosa aún entre los tumbos helados.
Hermosa todavía.*

*Sea su carne destinada a 10000 bocas.
Sea techo su piel de 100 moradas.
Sea su aceite luz para las noches
y todas las frituras del verano.*

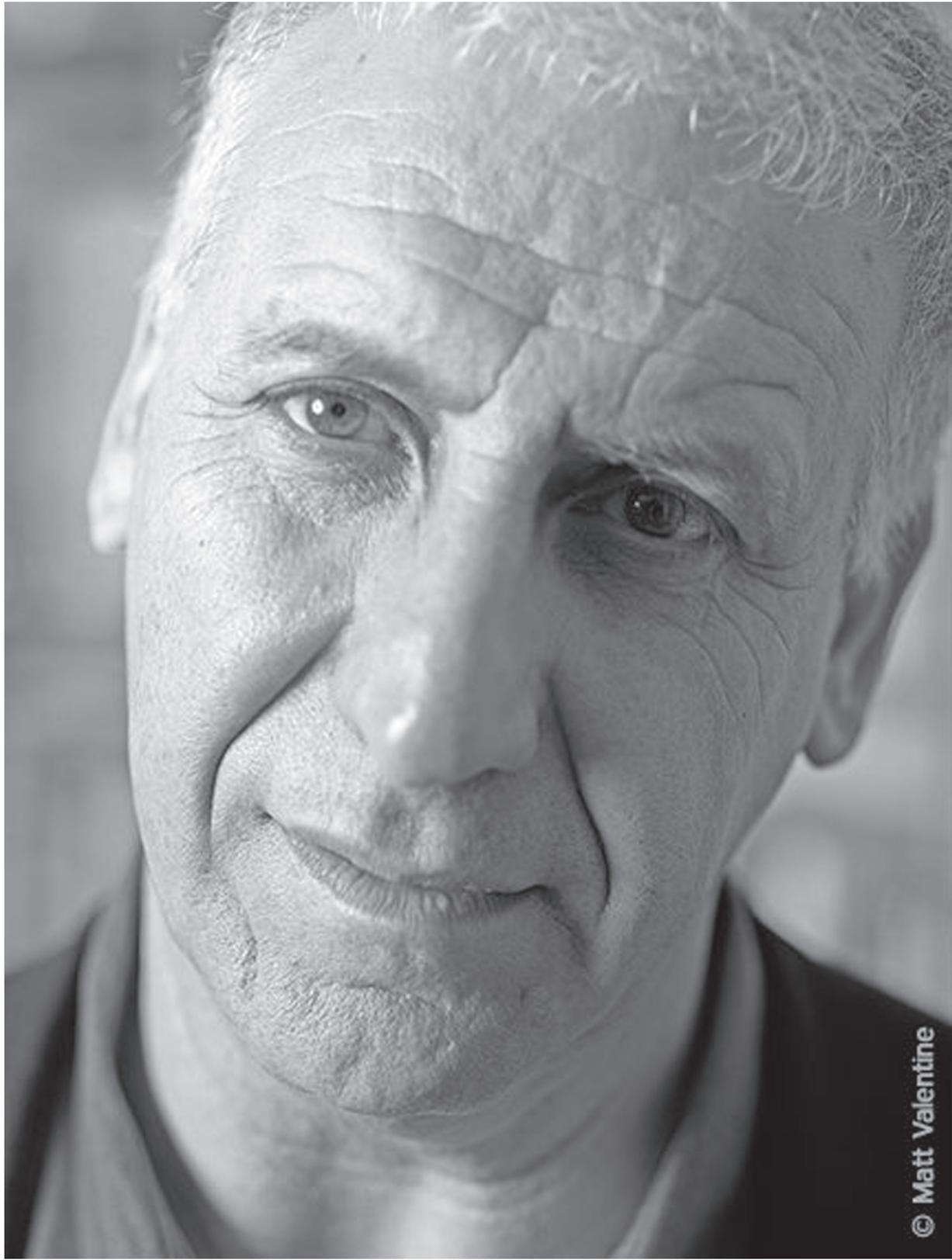
ANTONIO CISNEROS 1942 - 2012
de "Crónica del niño Jesús de Chilca"

ÍNDICE

- 6 EDWARD HIRCH**
EL ARCO Y LAS FLECHAS
Presentación y versiones al español de Pedro Serrano
- 16 1902, UNA CONVERSACIÓN PASAJERA**
EN YASNAYA POLIANA
Traducción del ruso por Jorge Bustamante García
Un adelanto del libro "Lev Tolstói: Conversaciones y entrevistas"
- 24 UN MUNDO DE MENTIRAS**
Un poema inédito de Jaime Jaramillo Escobar
- 28 LA CANTIDAD, LA MÚSICA, EL ORIGEN.**
SOBRE LA OBRA POÉTICA DE LEON DE GREIFF
Ensayo de Héctor Abad Faciolince
- 42 GERARDO RIVERA,**
LOS VINOS DEL DESTERRADO
Una muestra del libro ganador del VII premio nacional de poesía
José Manuel Arango 2012
- 55 ROGELIO ECHAVARRÍA**
O LA AUSTERIDAD LUMINOSA
Texto de Juan Felipe Robledo
- 58 BRASIL, 5 POETAS**
A MANERA DE PRESENTACIÓN
Versiones al español de Teresa Arijón y Bárbara Belloc
- 73 LO INESPERADO**
Texto de Enrique Vila-Matas
- 77 LA LETRA CON AMOR ENTRA**
Presentación y selección de Javier Naranjo
Una reflexión entorno a la biografía lectora
- 90 G.K. CHESTERTON**
EL ALGEBRA EMBRUJADA
Ensayo de William Ospina
Un adelanto literario de la nueva edición de este libro de ensayos



Lung Tejada - 99



EDWARD HIRSCH

EL ARCO Y LAS FLECHAS

*Presentación y versiones al español
de Pedro Serrano*

Estos poemas forman parte del libro *Mesuras humanas*,
que Carlos Zarebska próximamente en México.

En la inmensa grama innumerable de la poesía de los Estados Unidos, Edward Hirsch destaca no sólo por la calidad de sus poemas, sino por la actividad constante que ha ido haciendo en relación con la poesía, a la que entiende no como virtud o cosa nacional sino como acción individual y compartida en este mundo de todos. Nacido en Chicago en 1950, Hirsch hizo sus estudios en Grinnell College, una universidad liberal que se halla a cuatro horas en dirección del océano Pacífico, en el estado de Iowa. A partir de ese momento y a lo largo de su vida ha recorrido un arco, siempre hacia el este del país, de norte a sur y de regreso. De Ohio fue a Filadelfia, y allí obtuvo un doctorado en folclor por la Universidad de Pennsylvania. Regresó a la región de los Grandes Lagos, y dio clases en Wayne State University. La distancia a Chicago es casi la misma que de Grinnell College, salvo que esta vez no estaba a un campo universitario aislado, por reconocido que este fuera, sino en Detroit, una de las ciudades más representativas del siglo veinte americano. Uno de sus poemas más recientes, “Los comienzos de la poesía”, retrata la experiencia de aislamiento en que se encontraba mientras hacía esos primeros estudios. De ahí bajó a Texas, y durante diecisiete años fue profesor en los Departamentos de Inglés y de Creación de la Universidad de Houston. Luego ha hecho un recorrido a la inversa hasta recalar en Nueva York, donde ahora reside y es, desde 2006, presidente de la Fundación Guggenheim.

Como su vida, sus poemas describen con calor humano y simpatía muchos lugares en los que ha estado y mucha gente a la que ha querido, y su interés no se queda en una comunidad cerrada ni se limita a extenderse únicamente por los cuatro anchos costados de su propio país. Centrado en el sesgo de su historia personal, como narra en el poema “El poeta a los siete”, desde ese montículo mira con el rabillo del ojo, como Charlie Brown, hacia todos lados. Este afianzarse en su propia realidad familiar y vida ciudadana, en su vida y en sus poemas, le ha permitido a Edward Hirsch a partir de ahí avanzar hacia el mundo. Ha vivido en Londres, por ejemplo, donde como cuenta en “Isis Desvelada”, un poema de su último libro que se sitúa en esa ciudad y en 1977, Hirsch frecuentaba una librería esotérica. Ha recorrido atento también varios países, que aparecen en algunos de sus poemas, y su curiosidad pasea por distintos corredores del viejo hotel humano, entre ellos el de la poesía polaca, sobre la que ha escrito poemas y ensayos a partir de su amistad con Adam Zagajewski y de su lectura de los grandes poetas polacos del siglo XX, Herbert y Milosz. Ha entrado también en las habitaciones individuales de escritores pertenecientes a diversos momentos históricos y a literaturas distintas, como lo son Leopardi, Marina Tsvetaieva, Colette, Simone Weil, Diderot.

Edward Hirsch publicó su primer libro, *For the Sleepwalkers* (En pro de los sonámbulos) en 1981, y con él obtuvo tanto el Premio Delmore Schwartz de la Universidad de Nueva York como el Premio Lavan para Jóvenes Poetas de la Academy of American Poets, una de las tres o cuatro asociaciones importantes que en los Estados Unidos promueven la poesía. Su segundo libro, *Wild Gratitude* (Gratitud desbordada), publicado en 1986, recibió el National Books Critics Award. Posteriormente ha publicado *The Night Parade* (El desfile nocturno) en 1989, *Earthly Measures* (Medidas terrestres) en 1994, *On love* (Sobre el amor) en 1998, *Lay back the darkness* (Aligeren la oscuridad) en 2003 y *Special Orders* (Ordenes especiales) en 2008. En 2010 publicó una selección de sus poemas bajo el título de *The Living Fire* (El fuego vivo) que incluye también algunos inéditos. En cada uno de estos libros hay recorridos breves y abismales de la vida, viéndola desde la ventana o el semáforo, asumiendo la condición de padre, o de hijo, o de nieto, retratándose como un niño judío jugando béisbol o como un adolescente que peina en manada la ciudad veraniega. Sus poemas son casi siempre, con todo y lo doloroso que el tema pueda ser, epifanías de quien está vivo en todo eso que cuenta, de quien se siente parte de este mundo, de quien es responsable de decir lo que ve y lo que toca. Como la higuera que crece a pulso en una roca árida en “Higos verdes”, y ahí da frutos, Hirsch es capaz de extraer la savia necesaria para destilar poemas en la abundancia así como en la escasez.

POBRES ÁNGELES

*A estas horas el alma vaga ingrávida
por las calles de la ciudad, invisible y muda,
estupefacta ante la humeante mezcla de oros y grises
que el aire rezuma, los sombríos medio tonos*

*de polvo ocupando ya el cielo nublado
mientras el cuerpo yace desganado a la ventana
indolente y pesado, exhausto para mover un dedo,
hastiado para levantarse o acostarse.*

*A esta hora el alma es como una flecha amarilla
que escapa por entre las frondas, una pequeña nube
estática cerniéndose sobre las aceras, apelando
a la noche que se aproxima: “azórame, azórame”,*

*mientras el cuerpo yace displicente a la ventana
escuchando los claros reclamos de los muertos
transparentes como vidrio, clarividentes como cristal...
Algunas noches casi está listo para irse con ellos.*

*Ah, esta es una tensa, insólita atadura,
un injerto rabioso de lo rápido y lo lento:
cuando el alma vuela, el cuerpo se hunde
y toda la noche —encerrados en el mismo espacio atestado—*

*se la pasan peleando, amenazándose mutuamente
de abandonarse, llenando el aire enmudecido
con un ruido de baja quemazón interna.
¿Cuánto ha de durar este enmadejado matrimonio?*

*A medianoche el alma sueña con un pequeño fuego
de estrellas ardiendo al otro lado del cielo,
pero el cuerpo se extasia en un triste lustre nocturno,
una oscuridad de ojos vacíos. Pobres ángeles desdichados,*

*enfebrecidos amores antiguos: no os separéis todavía.
Dejad que lo que se alza viva con lo que cae.*

De Wild Gratitude (1986)

NOS SORPRENDIÓ EL VERANO

*Estos primeros días de verano son como el cesto
de arándanos que entre todos vaciábamos
en el tanque de hierro del sótano*

*—una desfogada brillantez derramándose
en diminutas flores campanilla, las ventanas
abiertas y las matas anegando la casa*

*como la evocación de un país remoto, la Naturaleza,
con sus errantes migraciones y cambiantes fronteras,
matorrales y bosques, sus prados y zumbidos...*

*Estos días de turquesa ensanchándose a mediados de junio
me recuerdan los lentos viajes con mis padres
a lo largo de todo el país, los caminos desplegándose*

*enfrente de nosotros como las inagotables horas
de la infancia, como las flores silvestres
y los puestos de frutas que brotaban a pie de carretera,*

*el calor picándome en esa piel mía que iría
a arder en las laderas del fuego adolescente
y el no menos punzante dolor de ser adulto*

*durante largos paseos por en medio del parque
en empapadas noches de fin de primavera
y los primeros días de mar de la estación...*

*Es la holgada anchura del sentir
que en esas tardes expandiéndose surge,
días vueltos hacia afuera, una ciudad tomando nota*

*de sí misma después de tantos meses, días de asueto,
bullendo en manga corta y en vestidos sin mangas
de un color que es del sol, de matinal textura.*

*Es cómo unos nos movemos hacia otros,
de noche, ya cansados, aturdidos de estar todo un día juntos
o un día aparte, exaltados de nuestros nuevos planes*

*para esa vacación en realidad de vida diaria.
Vamos a la deriva y divirtiéndonos. Vertiéndonos
como una cubeta de frutos silvestres.*

ISIS DESVELADA

LONDRES 1977

*El café indio y la librería esotérica
que habían sido dejados por el tiempo,
que es inmaterial, han desaparecido,*

*igual las interminables tardes de lluvia
en que me ponía a leer —o a intentar leer—
los tractos místicos del Alba de Oro*

*que tanto inspiraron a Yeats y a Maud Gonne,
mientras que un mesero manco y malhumorado
jugaba a solas ajedrez en su rincón.*

*Dando sorbos a un humeante te especioso
yo fatigaba la ardua prosa de un sistema
imposible para mí de descifrar,*

*oculta Isis detrás de muchos velos,
la Realidad brumosa como Londres
y las ventanas aparentes rosacruces.*

*Afuera las calles eran manecillas torcidas,
índices apuntando hacia ninguna parte,
mangas arremangadas, callejón sin salida.*

*El café indio y la librería esotérica
y el soñador escéptico que entonces era yo
siguen dentro de mí, y ahí sigue la noche*

*que cargado de libros por un laberinto
de oscuros edificios y signos misteriosos,
al borde de un vasto parque yo me hallé*

*y en donde súbitamente se abrió el cielo
y un viento del poniente levantó
en el suelo mojado las hojas empapadas*

*y bailando en negras túnicas al fondo,
como sombras airosas de mujeres
los árboles brillaban tenuemente.*

De "New Poems" The Living Fire (2010)

ALIGEREN LA OSCURIDAD

*Mi padre deambulando de noche de un cuarto a otro
en una oscura misión por todo el pasillo.*

*Ayúdenme, espíritus, a entrar en su sueño
para aliviar su agitado tránsito.*

*Aligeren la oscuridad de este vendedor
que fue capaz de encantar todo excepto su sombra,*

*un inmigrante que ahora está ahí, quieto en el umbral
de una vasta noche*

*sin su caminadora ni su bastón
y ya no puede recordar qué era lo que iba a decir,*

*aunque alza el brazo derecho, como profetizando
mientras el izquierdo le tiembla avisando en balde.*

*Mi padre en la noche deambulando de un cuarto a otro
ya no es más un padre o un marido o un hijo*

*sino un niño quieto al borde de un bosque
que escucha a lo lejos los gritos de los lobos,*

*los perros salvajes,
las primitivas aletadas estremeciendo las frondas.*

De Lay back the Darkness (2003)

EL POETA A LOS SIETE

*Puede ser cualquier niño en el parque a los siete,
listo para lanzar su pelota de beis.
Posee un candor gringo de clase media*

*si no fuera por esos rasgos toscos y piel cetrina
que delatan que es un palestino o un judío,
el ceño fruncido haciéndose preguntas,*

*y unos ojos de campo de concentración
agobiados y alerta e intensos. La típica
sangre del exiliado, el refugiado, la víctima.*

*Fíjate cómo mira al cácher como esperando una señal:
violento, competitivo, tan poco excepcional,
excepto por una queja ancestral, una sombría*

*necesidad de libertad cargada de tristeza
que pugna por mostrarse a través suyo.*

De On Love (1998)

HIGOS VERDES

*Quiero vivir como esa humilde higuera
que en primavera en la playa brotó
y tendió sus hojas en la arena rocosa.*

*Todo el verano sus tercos frutos verdes
(floreillas cubiertas de una piel delicada)
sazonando crecieron en la brisa salobre.*

*Una higuera, se ha dicho, fue el Árbol
del Conocimiento del Bien y del Mal
pero esta audaz figura es su extravío.*

*Necesito vivir como ese árbol torcido
—solitario, agridulce, libre sin más ni más—
que hincaba sus rodillas contra viento y marea*

*y no hubo nada que de ahí lo arrancara.
Mantuvo la mirada en el confín más hondo
y pudo extraer miel de aquellas rocas.*

From Special Orders (2008)

LOS COMIENZOS DE LA POESÍA

*Las vías del ferrocarril parten el campus por la mitad
y a la noche yacías en tu estrecha guarida
y escuchabas el solitario silbato
de un tren cruzando la pradera en lo oscuro.*

De "New Poems" The Living Fire (2010)

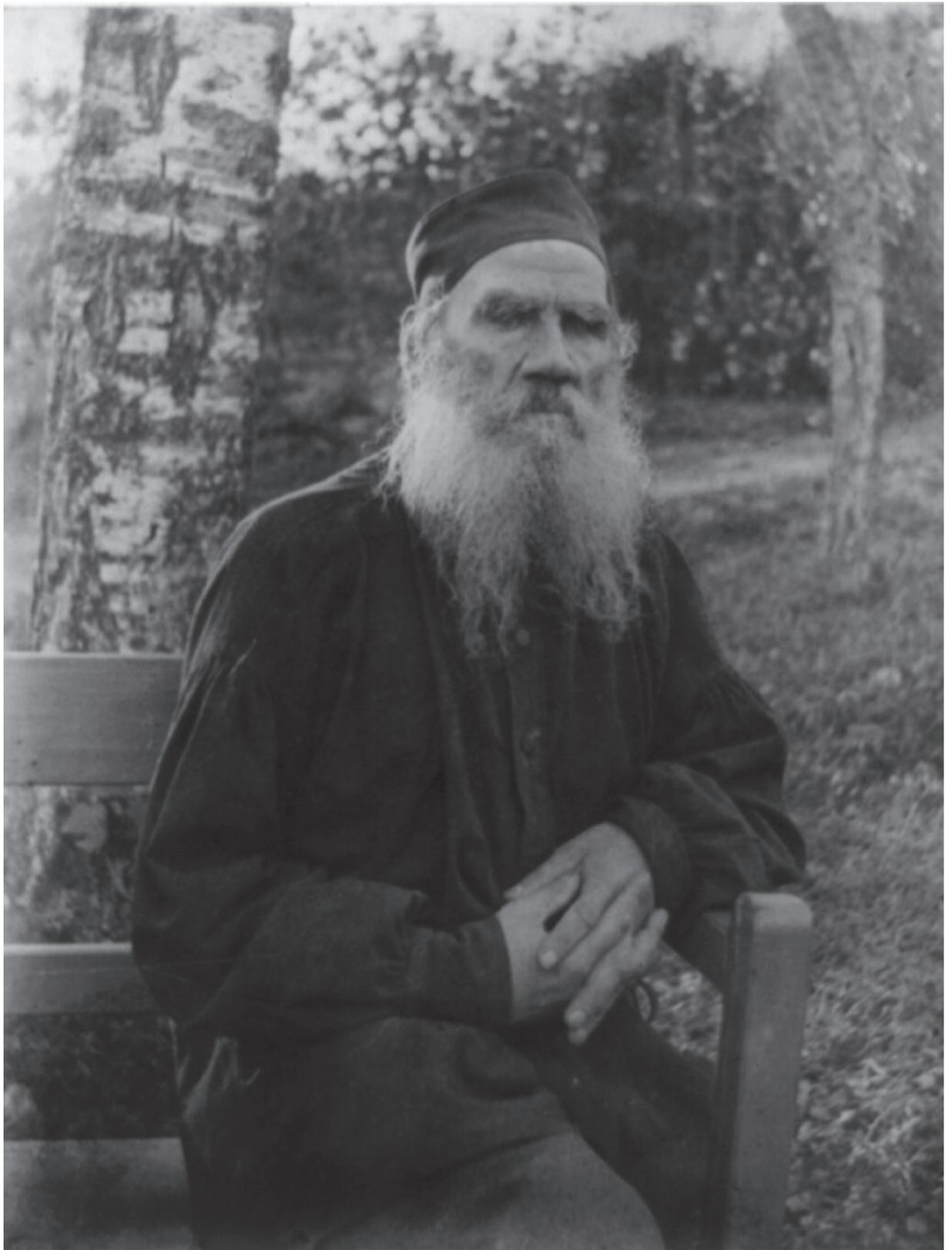




Lucy Tejada - 1956

26 pinturas LAVANDERAS.

Lucy Tejada '56



1902

Una conversación pasajera en Yásnaia Poliana¹

*Traducción del ruso
por Jorge Bustamante García*

Un adelanto del libro recientemente publicado Lev Tolstói: Conversaciones y entrevistas. Encuentros en Yásnaya Poliana
Edición de Jorge Bustamante, editorial Fórcola, Madrid 2012

Este verano me vi obligado a visitar Yásnaia Poliana, una pequeña aldea trazada sobre una colina. No es grande, apenas cerca de 60 casas, pero produce una impresión muy agradable: las casitas, con raras excepciones, son de ladrillo rojo, limpias, cuidadas. El edificio de la escuela es hermoso. En todo se siente un bienestar relativo.

Me detuve a la entrada de la alameda, que comienza con dos torres de piedra, absolutamente blancas.

Es la famosa alameda de Yásnaia Poliana. A un lado de ella, como si fuera un cristal armado en un terciopelo verde, reluce un pequeño lago, rodeado de tilos y abedules.

- ¿Está en casa Lev Nikoláievich? - pregunto a un joven pescador del lugar.

- Sí, si está.

- ¿Estará bien de salud, me recibirá?

¹ Texto aparecido en el periódico "Noticias de Odessa" No. 5736, el 2 de septiembre de 1902. El autor es Fiodor Muskatblit (¿1876-?) periodista, crítico, uno de los primeros biógrafos de Anton Chéjov.

- Supongo que sí, no está enfermo. Por eso la condesa salió hace unos días a Moscú. Se ha quedado solamente el patrón con su hija...

Pedí informaran al dueño de casa de mi llegada.

Después de unos minutos salió un criado, que me pidió esperar. Lev Nikoláievich estaba ocupado.

Amarré al caballo fatigado bajo unos tilos y me puse a examinar la hacienda.

Es un lugar que produce una impresión muy especial, una sensación de tranquilidad y de seguridad en uno mismo...

La casa de dos pisos es completamente blanca, con el techo verde, y las casitas del servicio aledañas están situadas cerca del parque.

En la entrada del porche hay un vergel que rodea una plazoleta cubierta de arena. Una cierta penumbra lo envuelve todo. No lejos, en la espesura de los árboles, se percibe un tenue movimiento. Reina una gran calma.

No había pasado ni media hora cuando ante la puerta, muy cerca, apareció el médico del escritor, Nikitin, quien se detuvo señalando a alguien en mi dirección.

Una fuerte agitación se apoderó de mí...

Apenas podía sobreponerme...

Todas las razones que persuadían mi sentir estaban completamente menguadas ante el pensamiento de que en unos momentos me encontraría cara a cara con una de las grandes figuras de nuestro siglo...



De los arbustos salió un anciano caminando con paso lento, encorvado ligeramente y apoyado en un bastón...

Iba vestido con un abrigo de lana sobre una blusa gris, ceñida por un cinturón, con botas altas, a pesar del calor sofocante que hacía...

Muy parecido, en mi opinión, a como aparece en una fotografía reciente con Máximo Gorki

Al verme, Lev Nikoláievich se detuvo.

Yo me le acerqué...

- ¿Qué puedo hacer por usted? – me preguntó, respirando con dificultad, quitándose el sombrero y estrechándome la mano.

- Sólo vine a saludarlo, - respondí, - saber cómo se encuentra de salud...

- ¿De salud?. Bueno, de salud estoy más o menos... Lo diré, como siempre he dicho: gracias a Dios, estoy más próximo a la muerte... estoy contento... Para mí, usted sabe, una cosa es importante: que el aparato mental funcione, lo que pase con el estómago o los pulmones se nos puede escapar de las manos... Pero si funciona el cerebro, no necesito de nada más, es todo para mí...

- Sí, Lev Nikoláievich., pero sin estómago, sin hígado, y muchas otras cosas más el aparato intelectual tampoco funciona...

- Son situaciones que pueden rebasarnos, - objetó sonriendo Lev Nikoláievich, - que los médicos se ocupen de eso... En Yalta me enfermé fuertemente... pulmonía, fiebre tifoidea... sin embargo, soporté bien el camino de Sebastopol a casa... a pesar de que las comodidades del viaje eran tremendas... tremendas... Lo diré francamente, eran verdaderamente indignantes...

Por alguno de sus allegados y por algunos informes de prensa yo había sabido hace un tiempo que Lev Nikoláievich está ocupado, escribiendo su autobiografía. Quise saber si eso era cierto o no

- Nada por el estilo, - objetó el escritor, - es una mentira... ¡no he escrito, no escribo, ni escribiré nada semejante! Se trata de un rumor que surgió, probablemente, de que ahora se publican en el extranjero mis obras completas en francés. Mi buen amigo Biriukov elaboró para esta edición mi biografía y me pidió le comunicara algunos datos de mi vida²... Una cosa con otra y se creó el rumor de una supuesta autobiografía. No reconozco el género autobiográfico y nunca lo haré. ¡Una autobiografía!. ¿Pero qué es eso? Escribe una persona sobre sí mismo... dice lo bueno, y se calla todo lo malo... ¡es apenas natural!

¡Quién, dígame, tendrá ganas de exponer sus faltas a la vista, vean, lean, admiren!... O al contrario: adrede algún avieso muestra, exagera más de lo que era: ¡miren lo pecador que soy!. Eso es todavía peor... dicen que la abyección puede más que el orgullo...

Salimos del patio hacia el camino arbolado aledaño, y caminando a través de él nos acercamos a una isba campesina medio inclinada.

² Tolstói hizo algunos añadidos y observaciones a su "biografía", escrita por su amigo P.I. Biriukov

Ahí Tolstói bebió un poco de kumis.

Una campesina, acostumbrada a estas visitas, acercó al visitante una silla tan vieja como el propio escritor, con una pata que parecía arrastrarse desesperadamente por el suelo.

Le indiqué a Lev Nikoláievich del riesgo de sentarse en una silla así...

- No se preocupe, - respondió el escritor, - conozco bien esa silla y la colocan de tal manera contra la pared, que queda muy estable y puedo sentarme...

El kumis, según dice Lev Nikoláievich, le produce un efecto benéfico. Se lo preparan especialmente, con el método original de los tártaros.

Permanecimos ahí diez minutos, luego salimos para continuar el paseo y la conversación interrumpida.

Hablamos, principalmente, de la vida en Rusia, la literatura y el periodismo. Yo me referí a Uspensky.

Me interesaban, de manera especial, aquellos detalles y rasgos de la vida y obra del escritor fallecido, que pudieran ser conocidos por Tolstói, como uno de los veteranos de la literatura rusa.

Yo no dudaba en absoluto del talento de Uspensky, no dudaba hasta que Lev Nikoláievich, refiriéndose a sus debilidades dijo a propósito, entre pausa y pausa: "a Gleb Uspensky siempre lo he leído con tensión", - a mí se me salió un involuntario: "no es para menos"...

- Pero no crea, - continuó, retomando el aliento, Lev Nikoláievich, - que esto sea, por así decirlo, de naturaleza positiva... ¡No!... Es una reputación forzada... Nunca he comprendido qué es lo que él quiere en realidad... Lees algún pasaje y parece un populista... Y eso no está mal, pero después ocurre que no hay nada de eso en absoluto... Reina una cierta vaguedad, una nubosidad, una ensoñación... ¡No entiendo nada! Sólo Dios sabe lo que él quiere, - dijo Lev Nikoláievich, echándome una mira penetrante con el hincapié y el tono del escéptico que de antemano se ha decidido por una respuesta negativa.

Hice notar, a grandes rasgos, aquellos puntos en los que Uspensky hizo énfasis toda su vida, señalé las condiciones de su trabajo y la naturaleza de su talento como las causas de cierto carácter caleidoscópico de sus obras...

- Aún así, - dijo Lev Nikoláievich, - todo de lo que él habló, todo eso no es de él, no hay nada nuevo... ¡Y esto, en mi opinión, lo es todo! El escritor debe descubrir su peculiar y sustancial visión del mundo... que no exista en ninguna otra parte, ni le pertenezca a nadie más... Que haya madurado sólo en él... Yo tengo, mire usted, una regla netamente mecánica, un método para definir si un escritor, conocido o no, es realmente grande: la traducción.

Me sorprendí un poco.

- Sí... la traducción... es decir si a un escritor se le puede traducir a otras lenguas sin empobrecerlo, entonces significa que ese escritor es realmente grande... Sí...



Hubiera querido señalar la indudable herencia – si no del todo próxima, al menos lejana - del modo de ver el mundo de escritores como Saltikov-Shchedrin, Gógol y alguno más, como ilustración de la imposibilidad de traducir sus obras y con todo ello el talento indudable de sus autores, pero recordé la severa actitud negativa de Tolstói hacia muchos corifeos de la literatura, la pintura y demás, en su tratado sobre el arte, y preferí eludir este tema un tanto delicado, para lo cual me ayudó el propio escritor.

- ¡Vea, por ejemplo, los casos de Chéjov o Gorki, - continuó él, como confirmando lo correcto de su criterio de valoración, por el enorme éxito de estos escritores en el extranjero, - lo que significa la fuerza de la imaginación y, lo más importante, la originalidad!

Hice notar que ese éxito estaba condicionado por la apuesta de estos novelistas por el genio del corazón universal, si es que se puede uno expresar así...

- De eso es que se trata... – objetó con vivacidad Lev Nikoláievich - precisamente de eso se trata... de humanidad en general!

Reconociendo en Chéjov el mayor talento como narrador, Tolstói niega en él por completo al dramaturgo y considera que de este “pecado” en la escritura de Chéjov es un poco culpable el Teatro de Arte, que en este caso juega el papel de “instigador”...

- Leí *Las tres hermanas* y – lo reconozco - no logré terminar la lectura... El conjunto de ciertas frases, de ciertas palabras ocurre sin ton ni son...

Lev Nikoláievich considera la efectividad de la acción en una pieza, como una condición imprescindible y provechosa para el dramaturgo. Da la posibilidad de llevar a cabo mediante dos o tres situaciones escénicas el cometido del autor, que se reduce, en opinión de Tolstói, a la más relevante delineación del carácter de los personajes...

No le gusta Leonid Andreiev, le irrita especialmente su *Abismo*.

- ¡Es un horror!. Qué lodazal... qué suciedad... ¡Que un joven que ama a una muchacha, la encuentre en tal circunstancia y él mismo esté medio abrumado y llegue a tal infamia!. ¡Puf!. ¿Vale escribir de eso?. ¿Para qué?.

Poco a poco dimos una vuelta completa a la enorme hacienda de Yásnaia Poliana.

Durante toda la marcha, cerca de una hora, Lev Nikoláievich no se sentó ni una sola vez. Al contrario, como que del paso de un pradejón a otro él escogía premeditadamente tales lugares, que le exigían un mayor esfuerzo: cuestras, terraplenes, de tal manera que tuve que ayudarlo varias veces...

Durante nuestra caminata pude persuadirme que el escritor, a pesar de la breve estancia de ahora por su propiedad, alcanzó a ponerse al corriente de los sucesos de los aldeanos.

Nos encontramos en el camino a una campesina. Tolstói la detuvo:

- ¿Hola, María, cómo estás?....

- Bien, señor...

- ¿Y qué, ya encontraste tus terneros?.

- Todavía no...

- Pues búscalos, búscalos...

La campesina se fue, sonriendo contenta, halagada, aparentemente, por la “fama” de su ganado...

Los últimos minutos de mi estancia donde Tolstói fueron, por desgracia, un poco ensombrecidos: Alexandra Lvovna (una de sus hijas) le entregó un telegrama que le informaba de una seria enfermedad de su yerno Sujotin. La noticia lo afligió mucho. Lev Nikoláievich mandó llamar a su médico Mijail Nikitin para informarse acerca de la naturaleza y el carácter de la enfermedad... A pesar de esto, sin embargo, Tolstói fue muy amable y me invitó a desayunar, a lo que me negué por tener ya poco tiempo, entonces se informó si mi caballo había comido, si le habían dado heno, etc.

Estuve todavía como media hora en la casa de Tolstói

De las habitaciones que alcancé a visitar, una era la del médico, otra era aparentemente el estudio de Lev Nikoláievich, amueblado de un modo excepcionalmente austero.

En las paredes colgaban retratos de escritores: Goncharov, Ostrovsky, Turguénev y el propio Lev Nikoláievich (en la juventud)...

Un poco más allá una estatuilla de yeso de Stasov...

En la estancia había al menos 20 librereros.

Uno de ellos contiene la literatura crítica sobre la obra de Lev Nikoláievich.

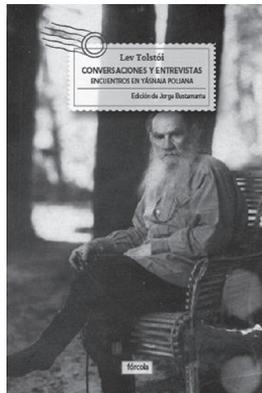
En otro se observan libros diversos en diferentes lenguas, manuscritos (cartas del escritor), revistas “voluminosas”...

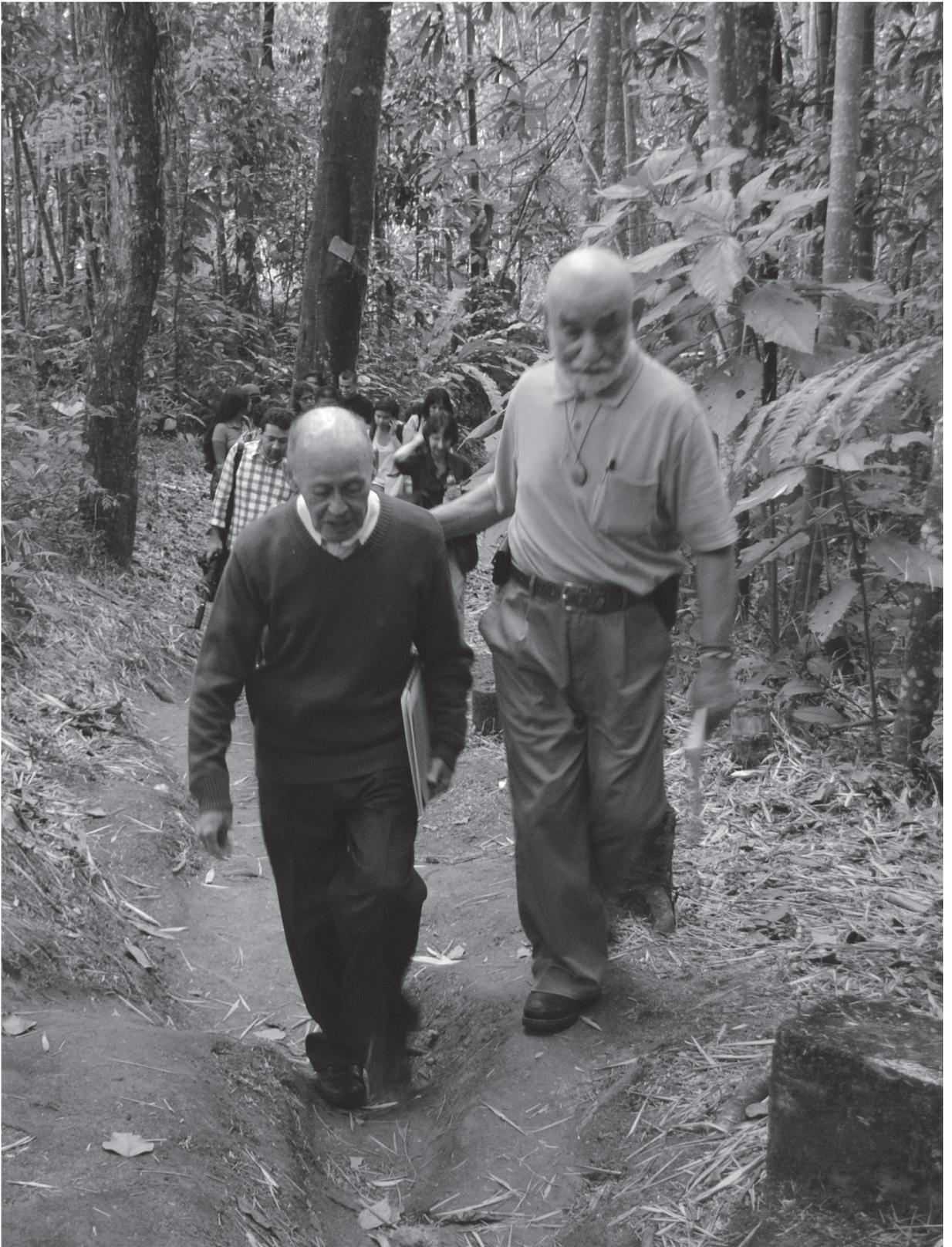
A propósito de esas revistas, Tolstói se queja de su futilidad:

- No hay nada ahí... Las abro, las cierro... Puras intrascendencias...

Me fui de casa de Tolstói lleno del encanto del gran anciano, pensando en que en realidad es la refutación viva de la tesis: “Mens sana in corpore sano”. Me empezaba a parecer que era todo lo contrario: entre más frágil el cuerpo, es más potente en él el espíritu, que se desgarrar con todas sus fuerzas en una envoltura débil, allá, donde ya no hay regreso...

- Gracias a Dios, - recuerdo las palabras a este respecto de Lev Nikoláievich, - estoy mejor: más cerca a la muerte...







UN MUNDO DE MENTIRAS

Un poema inédito de Jaime Jaramillo Escobar

*La mentira es el recurso
que controla la verdad
en escuelas y colegios
como en la universidad.*

*Religiones y partidos,
y gremios y asociaciones,
todos trabajan unidos
con las mismas intenciones.*

*Pocos quieren la verdad
y de esa excusa se sirven
los que creen sus mentiras
y de la mentira viven.*

*Cada quién pregona en alto
lo que él entiende a su modo.
Mejor vivir en la duda
que tragando entero todo.*

*Por la razón o la fuerza
es el lema impositivo
de los unos y los otros
para imponer su dominio.*

*Nos asusta la verdad
que no se quiere saber,
y los que enseñan mentiras
sacan de eso su poder.*

*Se prefiere la ignorancia
por falsa comodidad,
y para nuestra desgracia
nos asusta la verdad.*

*Todos los dioses inventos
con el fin siempre lo han sido
de buscar explicaciones
para lo desconocido.*

*No hay más verdad que la ciencia,
que a sí misma se corrige.
Lo demás es contingente,
pasajero e impreciso.*

*La justicia es caprichosa,
las leyes son enredadas,
para que pueda el jurista
a su gusto acomodarlas.*

*El amor que tanto gusta
es capricho pasajero:
desaparece enseguida
si se atraviesa un tercero.*

*Ni amor, verdad y justicia
existen, ni libertad.
La libertad es un mito
para ocultar la verdad.*

*Los que buscan la igualdad
es igualdad para ellos;
los demás son desiguales
como no puede ser menos.*

*Un niño de mi pueblo
me enseñó esta gran verdad:
de lo que le digan, nada;
de lo que vea, la mitad.*

*De averiguar la verdad
por pereza somos ciegos,
y vivimos engañados
así hasta llegar a viejos.*

*Si se dice en un ensayo,
para la academia queda.
Mejor decirlo en estrofas
donde la gente lo vea. 🙄*





**La cantidad,
la música,
el origen**

Sobre la obra poética de León de Greiff

Ensayo de Héctor Abad Faciolince

1. **L**eón de Greiff, con ese desdén irónico hacia las cosas propias y ajenas que siempre lo caracterizó, llamaba a sus libros “mamotretos”, y a medida que salían los iba numerando. Los solos títulos de estos mamotretos son ya memorables y una muestra más de su inagotable creatividad verbal. *Tergiversaciones* (1925), es el primero, publicado cuando el poeta tenía 30 años. Luego vendrían el *Libro de signos* (1930), *Variaciones alrededor de nada* (1936), cuya última parte es el maravilloso “Libro de relatos”. Después salen las *Prosas de Gaspar* (1937), *Fárrago* (1954), con nuevas rondas de “Fantasías de nubes al viento” y *Velero paradójico* (1957). Su último mamotreto de poesía publicado es *Nova et Vetera* (1973), esto sin contar, obviamente, las numerosas antologías, las separatas de revistas, y la bellísima edición de sus *Obras Completas* (1960), realizada por Aguirre, insólito y elegante editor.

Después de la muerte del gran poeta antioqueño, en 1976, se han publicado algunas traducciones de sus versos, nuevas selecciones y antologías de sus prosas y poemas, numerosos ensayos y aproximaciones a su obra, y en particular Hjalmar de Greiff ha venido recuperando poco a poco, de entre el maremágnum de papeles y manuscritos de su padre, versiones, variantes, poemas inéditos y fragmentos inconclusos. La Universidad Nacional publicó en tres volúmenes -que sumados dan 1.985 páginas- la apabullante *Obra Poética* (que esta vez sí podemos atrevernos a llamar completa) de quien es para mí el más grande de los poetas colombianos.



Decir “el más grande” o “el mejor”, no importa mucho. La poesía no es una maratón en el que alguien llega de primero o de quinto. A otros les gustará más Silva, Aurelio Arturo, Gaitán Durán o el Tuerto López. Estos pedestales muchas veces los dictan el temperamento de los lectores o su lugar de nacimiento. Porque contra la idea de los “poetas universales”, yo creo en realidad que todos los poetas son locales y hablan con una voz y unos referentes que solamente acaban de entender a fondo quienes hablan con su mismo acento. A pesar del exotismo de su léxico el tono de su poesía es nítidamente antioqueño, o, si lo prefieren, anti-oqueño, que es una manera muy paísa de soportar la lotería de ese nacimiento.

Nunca una *Obra Poética* completa puede ser pareja; será siempre imperfecta, desigual por momentos. Incluso a ratos dormita el buen Homero, y en la opera omnia de cualquiera (Quevedo, Lope, Garcilaso, el que sea) hay caídas de gusto, distracciones, arañazos de tedio. Un gran poema, como una demostración algebraica, se logra por sucesivos intentos, fracasos y aproximaciones. Además la poesía, como el ajedrez y las matemáticas, suele dar lo mejor de sí durante la juventud de sus cultores, por lo que en estos libros totales los primeros tomos suelen ser mejores que los últimos. Lo propio ocurre con León de Greiff, que hacia 1940 ya había escrito lo más memorable de su riquísima obra, salvo algunos grandes destellos posteriores que confirman su genialidad sin añadirle demasiadas páginas a sus poemas más necesarios.

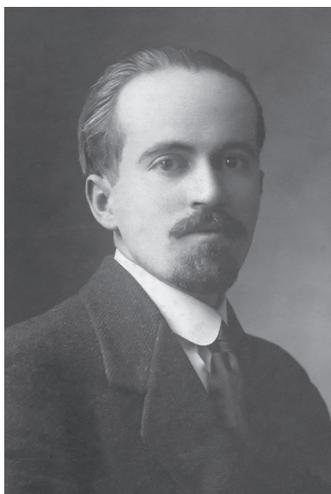
Este paciente y exhaustivo trabajo de Hjalmar de Greiff es una maravillosa herramienta de estudio para los greiffianos, una obra de consulta obligada para eruditos y académicos, pero al mismo tiempo sería un festín excesivo, empalagoso, para quienes se quieran aproximar por primera vez a la deslumbradora obra de Leo Legris (y a la turbulenta turba de los demás nombres con que escribió De Greiff: Harald el Oscuro, Ramón Antigua, Gaspar de la Noche, Sergio Stepansky, Matías Aldecoa, Apolodoro, Proclo, Claudio Monteflavo, Palinuro, Erik Fjordson...). Para los principiantes puede bastar la antología de Germán Arciniegas, o la del mismo Hjalmar. Pero para quienes deseen conocer a fondo la obra total de nuestro “juglar ebrio”, para quienes quieran hurgar en el laboratorio poético de su mente, este gran esfuerzo editorial será un instrumento imprescindible.

2.

Hace ya casi medio siglo, cuando Alberto Aguirre preparó la edición de las *Obras Completas* de León de Greiff, que no eran completas, por supuesto, pues el maestro habría de vivir todavía tres lustros y sus cajones rebosaban de cuadernos, Hernando Valencia Goelkel escribió unas palabras devastadoras. Voy a empezar con ellas pues es mejor prevenir y repeler de una vez la crítica más aguda que se le podrá hacer a esta *Obra Poética*. Como decía Apolodoro, “si juega a las Damas, ataque, / y si a los escaques, enroque”. Oigamos la crítica perspicaz, aunque injusta, de Valencia Goelkel para poder rebatirla:

“Sólo la pedantería de nuestro tiempo ha podido justificar y popularizar este sistema de reunir en uno o dos o tres volúmenes apretados todas las poesías de un poeta. Semejante arbitrio interesa sólo a los bárbaros -a los forzados de la filología-, a los superintelectuales [...] Los espesos volúmenes se alinearán, sumisos, entre unos *Trágicos griegos* y una *Sagrada Biblia* (en edición luterana). La lírica no puede administrarse en dosis masivas. Es ya demasiado ardua la aproximación del lector a esta poesía como para agravar la dificultad al pedirle a aquel el esfuerzo faraónico de desentrañar lo (subjetivamente) esencial de una obra. Es cierto que todo lector de poesía lírica es un antólogo, pero en esta labor debieran precederlo la severidad del propio poeta y la temperancia de los editores.”

Valencia Goelkel se pone aquí la máscara del lector raso (que no lo era, pues su erudita labor crítica fue de profesional) y defiende el terror y la pereza de los lectores dominicales de hoy, que apenas sí tienen tiempo para leer revistas o libritos entecos de setenta páginas, y que al ver tres mamotretos como estos sentirán un helado escalofrío de repelencia. Los culpables de esta desmesura serán un editor intemperante (la Universidad Nacional) y un remero filológico superintelectual (Hjalmar de Greiff). En realidad, como lo advierte en el prólogo, el único propósito, humilde y sereno, de Hjalmar, ha sido “preservar una obra de la manera más fiel, con destino a generaciones futuras.” En cuanto al editor, la Universidad, lo que pretende es rendirle un homenaje a quien fuera uno de sus profesores. Y en lo que se refiere al poeta como incontinente, o poco severo con su propia obra, habrá que decir que los mayores escritores de todos los tiempos, en castellano o en cualquier otra lengua, tienen una obra muy extensa, pues lo típico de un gran creador es que no sólo produce mucha calidad, sino también muchísima cantidad. No es necesario dar ejemplos, los grandes escritores tienen obras inmensas en los dos sentidos de la palabra inmensa.



Además hay que considerar que León de Greiff está curado en salud, o, mejor dicho, vacunado contra ese tipo de crítica personal (y contra todo elogio) por su propia ironía y por su propio desdén de solitario. Oigámoslo en esa “estampa” que tan bien lo define, y que debiera estar en toda antología de sus mejores poemas:

*Leo Legris es el nombre que porta
para esquivar el irónico gesto
mi extravagancia, que riendo soporta
la burla, la estultez y el elogio indigesto.
Mi aburrimiento es largo, pero la vida es corta.
Mi vanidad... ¡Mi vanidad no vale el resto...!
Y el resto es casi siempre lo que a ninguno importa...
Vanidad -para mí- es la toga de asbesto
pues nunca deja que me quemem las rabias
ni que de necios me atosigue la acerbia
ni que el aplauso me torne menos mío.
“Leo Legris que habita la ilusorias babias...”
-Concedido...- “Y la torre feudal de su soberbia!”
-Aceptado...- Y en prueba, mirad cómo sonrío...!*

Se ha acusado a De Greiff de ser altivo, altanero, presuntuoso. Él mismo lo reconoce con una sonrisa distante. Como siempre, se pretende que los modestos sean aquellos que casi no hablan, que casi no escriben, que callan mucho -como los jesuitas- y ofrecen tan solo de vez en cuando unos pocos versos sotto voce, en susurros casi inaudibles. Yo nunca he podido saber bien quiénes son los modestos y quiénes los vanidosos, si aquellos que se escudan siempre en el silencio para no tener que reconocer jamás sus humanas imperfecciones (claro: el que nunca publica jamás se equivoca), o aquellos que en cambio van escribiendo como quien va viviendo, cada día, mostrándolo todo, sus logros y sus fracasos, sus eufonías y sus cacofonías, sus asonancias y sus disonancias. De Greiff, como Quevedo, como Lope, como Victor Hugo, como Whitman, como Octavio Paz, es un poeta copioso, de muchos versos, de una obra inmensa en todos los sentidos, con luces y sombras, cumbres y agujeros, pero con destellos de genialidad verbal incluso en sus momentos menos afortunados. No ocultó sus luchas ni escondió sus defectos. Y por esto, y por otros motivos que diré más adelante, han hecho muy bien los editores y Hjalmar de Greiff en publicar esta Obra poética, que incluye además las versiones, las dudas, las correcciones, los arrepentimientos, los poemas truncos e inconclusos, los versos de circunstancias, las ocurrencias lúcidas o tontas, los difíciles avances y dificultades de toda vida y de todo proceso creativo.

Dice Valencia Goelkel que “las sumas poéticas son implacables” pues “el fácil poeta varío y multívoco queda reducido a su definitiva insignificancia” ya que “no se pueden practicar exitosamente el mimetismo y el

disimulo a lo largo de toda una vida.” Eso es lo que no entienden ciertos críticos: que De Greiff nunca quiso practicar el mimetismo ni el disimulo. Lo dijo en este verso del “Relato de los oficios y mesteres de Beremundo el Lelo”: “No salí de mí mismo sino a entrar en mí propio.” Lo que pasa es que a veces, de verdad nuestro gran poeta “Cantaba, cantaba, / y nadie oía los sonos que cantaba. / Ni la selva, ni la noche le oía, / ni tú, ni nadie, ni nada!”

No voy a negar que De Greiff, como es elocuente, y sin duda a veces excesivo, es un poeta que nos queda grande, por sobrado, es decir, porque tiene poemas de sobra, sobrantes (¿cuál gran poeta no?), pero incluso más poemas buenos de los que se pueden digerir en una vida. Es obvio que una suma poética no es para iniciarse en León de Greiff, sino para los ya iniciados en él. Los que apenas se inician quedarían empalagados con su insaciable verbo. Así como no conviene iniciarse en Bach con todas sus cantatas religiosas, y más convendría empezar con las Variaciones Goldberg o con algún concierto para violín, así mismo los primeros pasos greiffianos habría que darlos con una antología preparada por otros. Y luego, cada cual, si se anima, hará su propia selección greiffiana, como bien sugiere Valencia Goelkel.

3.

Ya que menciono la música, hablemos, pues, de música, porque sin ella será imposible entender la poesía de León de Greiff. Siempre convendrá recordar, con palabras de una de sus muchas “sonatinas” que su voz era “como el eco de inauditas / músicas ni en los sueños sospechadas: / o de músicas mútilas / urdidas en la propia fábrica / loca de su cabeza”.

En una de sus más célebres conferencias, Jorge Luis Borges sostuvo que todo arte aspira a la condición de música y en particular el arte de la poesía, porque los grandes poetas devuelven al lenguaje esa cualidad mágica en donde las palabras resuenan con una singularidad que va más allá de su sentido. La música que se consigue con la poesía, para Borges, es fruto de la fusión entre forma y contenido: “Muchas veces he sospechado que el significado es un valor añadido del verso. Sé a ciencia cierta que sentimos la belleza de un poema antes incluso de que empecemos a comprender su significado.”¹

Mi primera experiencia con la poesía de León de Greiff, por fortuna, no fue escolar y ni siquiera leída, sino auditiva, y no fue erudita, sino espontánea y sin explicaciones. Si cierro los ojos y recupero al niño que fui, todavía puedo oír una voz recia que recita: “Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes / y yo le creo clámide augusta”. Yo no sabía qué quería decir tabardo ni qué era astroso ni qué era claudicantes ni qué era clámide ni que era augusta. Fuera de los pronombres, las preposiciones, los artículos, y los dos verbos (colgar y creer) yo no entendía ninguna de las palabras sustanciales de esos versos. Y sin embargo me gustaban, sin

¹ Jorge Luis Borges, “Thought and Poetry”, CD Harvard.

comprenderlos, así como hoy me puede gustar el comienzo de una sonata de Brahms, sin que yo pueda decir que la comprendo en un sentido racional. Era un placer artístico puro, musical, casi sin referencias reales ni interferencias racionales.

La opinión de aquellos que consideran que la poesía es intraducible a otras lenguas siempre me ha parecido una posición irresponsable, por lo laxa y condescendiente. La poesía no solamente es intraducible; la cosa es muchísimo más grave: la poesía es, en cierto sentido, *incomprensible*. Al decir que es intraducible no quiero decir que no se deba traducir; todos agradecemos las traducciones de Kavafis o de Anna Ajmátova; lo que quiero decir es que debemos ser conscientes de que al leer traducciones nos acercamos a un eco, a una transcripción para tambor y maracas de una obra escrita para violín y piano, o viceversa. Pero, insisto, además de intraducible, la poesía es también, en cierto sentido, *incomprensible*. Comprender una frase es traducir los sonidos de una lengua a una especie de código mental (*mentalese*, le dicen los expertos) que es lo que llamamos pensamiento. Digamos que los versos arriba citados (tabardo...) podrían traducirse al *mentalese* con la siguiente prosa: “Sobre mis espaldas caídas llevo una ruana sucia y rota, pero a mí me parece que es una capa de la Roma antigua.” ¿Es eso lo que dicen los versos de De Greiff? Hasta cierto punto, sí; tal vez esa frase se acerque a su sentido literal (y así sonará muy probablemente su traducción al polaco), pero como la percepción y la emoción estéticas se disuelven en esta traducción semántica, tengo que decir que lo que llamamos poesía se pierde al dar este paso, y que, sin que sepamos bien cómo ni por qué, la experiencia estética de la poesía solamente se siente en las palabras mismas y en el mismo ritmo con que se escribe el poema. En este sentido la emoción poética es *incomprensible*, porque no se reduce al sentido que las palabras tienen, sino que estas resuenan en nosotros con un plus de significado, con una ñapa o aldehala de concordancias emocionales que no se agotan en el plano racional.

Ahora bien, al mismo tiempo, yo no creo que haya nada esotérico, recóndito o completamente inexplicable en los procedimientos poéticos. Muchas veces se ha dicho que esos mecanismos de la poesía son infables, simplemente porque son difíciles de apresar, o porque a los poetas no les gusta hablar de ellos, pero creo que Edgar Allan Poe (uno de los poetas que León de Greiff más admiraba, recuerden su plegaria: “¡Oh Pöe! ¡oh Pöe! ¡oh Pöe! / Faro de luces negras...! / Alma que en mí domina...!) y después de Poe los formalistas rusos, en particular Roman Jakobson, dieron algunos pasos fundamentales para penetrar “el secreto del verso” y entender los legítimos trucos de su magia.

En *The Philosophy of Composition*, Poe afirmaba que la mayoría de los poetas prefieren hacer creer que ellos componen sus versos en una especie de “estado de gracia, en una intuición de éxtasis, y se horrorizan al pensar que el público pudiera echar una mirada tras bambalinas, en las vacilantes

versiones de pensamiento todavía crudo, en las imágenes descartadas, en las cautelosas selecciones y rechazos, en los dolorosos borrones e interpolaciones, en una palabra, en las ruedas y los engranajes con los que se construye la ficción literaria.” Pero no es necesario que los poetas no quieran mostrar las herramientas de su taller; algunos, de verdad, ni siquiera se dan cuenta de que las usan, pues también hay un sentido intuitivo de lo que es poético, así como los comunes mortales hablamos en prosa sin darnos cuenta, como decía el francés.

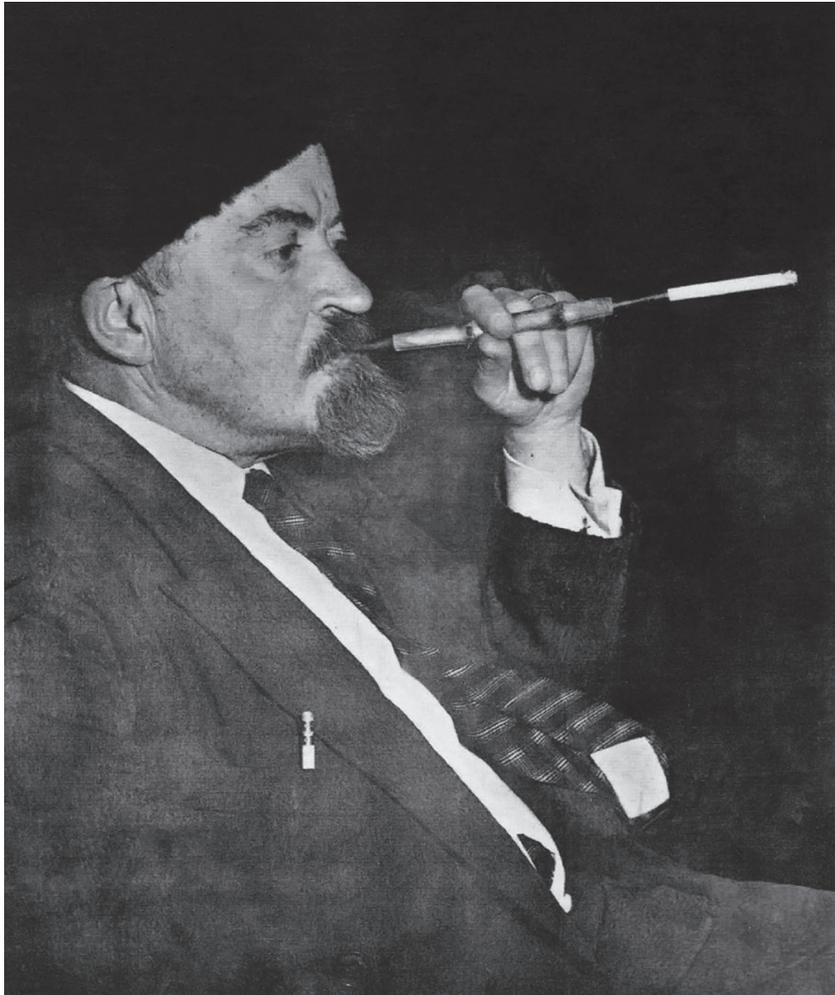
Un verso despierta la sensación de belleza en nuestra percepción gracias a la manera en que están ordenadas sus palabras, pero no solamente el sentido de esas palabras, sino sobre todo sus sonidos: el ritmo, la sintaxis, las rimas, las asonancias, las consonancias, en resumen, su sustancia sonora. “Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes / y yo le creo clámide augusta”, despierta una emoción estética gracias a la repetición rítmica de las Tes, a las cuatro palabras que comienzan por C, a la insistencia en los grupos de consonantes oclusivas seguidas de líquidas o fricativas (cl o tr o mbr, para entendernos). Nosotros no somos conscientes de esa repetición rítmica, pero es esa materia sonora, probablemente, la que despierta el placer estético de la poesía, un placer que, como todos los placeres, parece estar situado más allá de la comprensión racional. Al ensueño del sentido, se une el duermevela del sonido.

Que León De Greiff no fuera un poeta espontáneo, y mucho menos ingenuo, lo declara, explícitamente, en algunos de sus poemas, y las mismas versiones y variantes que vienen en esta *Obra Poética* son una demostración indirecta del delicado trabajo con el que poco a poco se construye una poesía. En realidad muchos de los poemas que aquí leemos son apenas primeras versiones o primeras aproximaciones de un poema que todavía no existe, que el poeta busca en la inmensa reserva de palabras del idioma, y que al final, algunas veces, encuentra, en un resultado que podríamos llamar casi ideal, casi platónico, perfecto. Oigan cómo lo confiesa en un poema de 1929:

*He forjado mi nueva arquitectura
de vocablos (un día diré el secreto sibilinamente porque nadie
capte el sentido recóndito de su forma) clara, cerebral, pura.*

Y más adelante, para los que no oyeron:

*Coge, si puedes, esa melodía;
capta, si puedes, su perfume avaro.
Nada les dice, nada les dice:
¿qué va a decirles esa melodía?*



En la búsqueda de un poema sobre nada, o sobre casi nada (no crean que es casual que el libro más importante de León de Greiff se llame precisamente así, *Variaciones alrededor de nada*), puede haber muchos intentos fallidos. Por una nota acordada de la música verbal que se busca, es posible que salgan cien notas disonantes, discordantes, cacofónicas. Pero esa búsqueda musical, que es quizá lo más maravillosamente moderno de la poesía de León de Greiff, fue algo deliberado, un trabajo desesperante por lo difícil, y en muchísimos destellos y en unos cuantos poemas completos, perfectamente logrado. No lo olviden: “Su voz es como el eco de inauditas / músicas, ni en los sueños sospechadas.” La poesía de León de Greiff es música que no se había oído, que no ha vuelto a oírse, y que ni siquiera nos soñábamos con que existiera.

El trabajo, ese sí de filólogo erudito, de ir desentrañando en la poesía greiffiana los procedimientos musicales, es una tarea que desborda mis capacidades y que en una simple presentación desbordaría también la paciencia del público. Pero si alguien quisiera meterse -y ya se habrán metido, sin duda- a mirar con lupa -o mejor: con amplificador- los sonidos que van tejiendo estos poemas musicales, yo les diría que tengan muy en cuenta los ritmos, la curiosa combinación de las esdrújulas, la complejidad de la sintaxis, y el poder de atracción que van ejerciendo unos fonemas sobre otros. Pueden estar seguros que donde surge una Che, poco después habrá otra Che que resonará en eco, sin ser rima (“allí la cháchara es buena cuando salen las muchachas”), o cuando una erre resuena, otras erres resonarán muy cerca (“ni aturdió mi retina con el rútilo azogue que rueda por su dorso”) sobre todo si esas erres nos ayudan a sentir las “resonantes trombas” y también los “silencios” del mar, que rima con amar. Habrá que recordar también que toda la poesía de León de Greiff es más para leída a la manera antigua, es decir, en voz alta, no para la sola lectura de los ojos donde no podrán percibirse todas las armonías, los juegos de asonancias e incluso sus muy deliberadas cacofonías.

4.

“Nada de lo que digo es para sostener; que esto no es tesis, sino hipótesis: ideas mías, muy personales, tal vez erróneas...”² Así empezaba hace un siglo don Tomás Carrasquilla una conferencia sobre la poesía modernista, y del mismo modo quiero calificar yo hoy lo que he venido diciendo sobre la poesía de León de Greiff y sobre esta edición de su *Obra Poética*. He intentado defender lo que digo con argumentos y ejemplos, pero no lo voy a sostener si me comprueban lo contrario con mejores razones. Vengo usando un tono enfático, para que se me entienda, pero no quiero que confundan el énfasis con un arrebato de convicciones fanáticas en materia poética. Hago mías y repito las palabras de Carrasquilla: Nada de lo que digo es para sostener; lo mío no son tesis, sino hipótesis.

La primera hipótesis fue que el valor de publicar una suma poética consiste en que estas nos permiten asomarnos dentro del cráneo del poeta, al proceso creativo del escritor. Ese término musical, que tanto le gustaba a De Greiff, las variaciones, y que en poesía se llaman variantes, nos permiten asistir en directo a la conversión de la prosa en verso, de la retórica en poética, del sonido en bruto al sonido musical. Tal vez esto no le interese a todos los lectores, pero para los enamorados de una obra (y esta edición no es para principiantes en De Greiff, ya lo dije, sino para enamorados de él), esto es de inmenso valor.

De ahí pasé, naturalmente, a la tesis de Borges y de Poe: la aspiración a la música y la ausencia de espontaneidad, es decir, al arduo trabajo de invención y creación. Antes de terminar quisiera expresar unas pocas apreciaciones, más subjetivas, sobre la impresión que me queda después de leer

² Tomás Carrasquilla, “Homilías”, en Revista Bolívar N° 14, página 763.

estos tres tomos atiborrados de versos. Voy a plantear una última hipótesis: contra lo que se ha querido sostener muchas veces, De Greiff no es un poeta exótico ni extranjero (raro sí, único, pero eso es otra cosa), sino un poeta absolutamente local. Un poeta universal tal vez sea un poeta cuyos versos se leen en muchas partes y en muchas lenguas, pero en realidad, para mí, todos los poetas son esencialmente locales.

Hay un lugar común que circula sobre la poesía de este que, para mí, es el mejor poeta de esta ciudad y de este país. Este lugar común dice que el exotismo de sus versos se debe al origen escandinavo de su primer apellido. Desde el prólogo de Jorge Zalamea a las *Obras Completas*, y desde antes, se ha intentado explicar el fenómeno De Greiff con su supuesta condición de expatriado, de nórdico extraviado en las tórridas tierras tropicales. En realidad, los únicos suecos de su familia fueron sus bisabuelos, Carlos Segismundo y señora, pero de ahí en adelante, y pese a los apellidos que por costumbre machista se transmiten por línea paterna, los De Greiff que vinieron son colombianos, tan colombianos como cualquiera de nosotros. En una balada, él mismo se pregunta:

*¿Será mi estilo (por llamarle estilo)
-de ése mi estilo (estilo a la jineta)
yo mismo en veces (pocas) me horripilo-,
barroco estilo, ni motor de escándalos,
por descender (si criollo hasta la zeta)
de Renanos, Iberos, Godos, Vándalos?*

La respuesta de este “criollo hasta la zeta” es una duda. Su estilo es: “De inconexo y sin orden, soy veleta”. El poeta es veleta, es decir, no sabe, lo arrastran vientos contrarios, múltiples, contradictorios, como su corazón. Claro que muchísimas veces el mismo poeta quiso coquetear con sus orígenes, (hablaba de sus ojos de viking, de los “bravos escandinavos de gigantesco porte” que eran sus abuelos. Está bien, concedido, pero el autor de ese relato escrito al modo del romance español (el de Ramón Antigua), tiene tanto de sueco como Silva de japonés. Si nos fuéramos por las líneas maternas, los apellidos de León serían Rincón y Obregón. Para llegar a un León Rincón Obregón (tres rimas placenteras) habría bastado que la de apellido De Greiff hubiera sido la abuela y no el abuelo del poeta, y viceversa. Pocas bobadas más grandes he leído, que esta: “La intacta memoria de la propia raza lo sacude como un vendaval en mitad del paisaje y las gentes nuevas entre las cuales ha sido transplantado. Y, al mismo tiempo, lenguas, canciones y músicas prenatales lo envuelven como una segunda y más terca placenta.” ¡Lo que nos faltaba, la placenta poética, el ombligo que nutre con sagas nórdicas los bramidos futuros del tórrido vate!

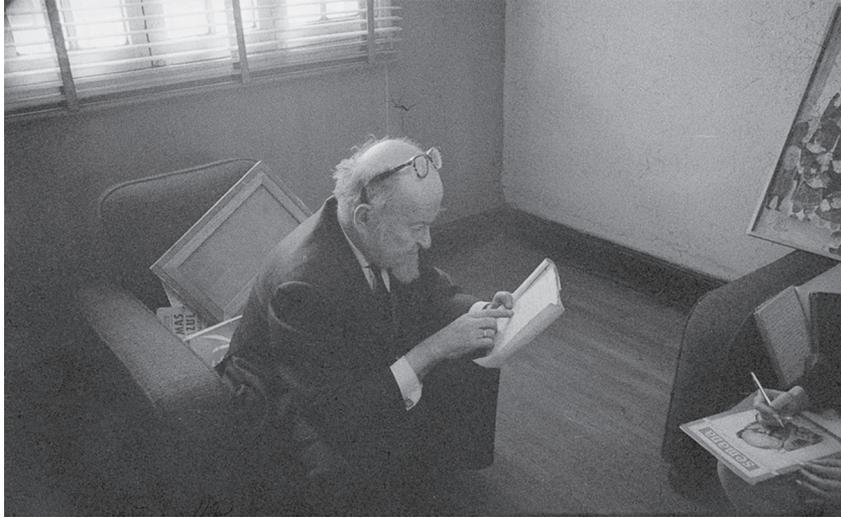
Esto sólo se puede oír en un país tristemente retórico y racista, con su eterno complejo de hijueputa (como decía Fernando González). Por

eso se quiso explicar la anomalía de nuestro poeta con sus genes teutónicos. Muéstrenme un sueco que escriba como él, uno solo. No hay ni uno. Porque León de Greiff es raro, insólito, inimitable, tan solamente idéntico a sí mismo. No es de aquí, ni de allá, ni se parece a nadie. ¡En su nao fantasma único a bordo! Pero si fuera de algún sitio, digo yo, sería de Bolombolo, “región salida del mapa”, pues incluso cuando estaba de diplomático en Estocolmo, burlándose a los gritos del “Señor don Protocolo”, escribía sobre el Cauca, pensaba en Bolombolo, y recordaba con nostálgico desdén el Porce, el Nechí, el Magdalena, y la villa de Aná del Aburrá.

Esto fue para él un referente imprescindible, aunque tal vez nunca se diera cuenta de que en esos meses largos como años que pasó a las orillas del Bredunco, escribió sus poemas más memorables y más indispensables, los que vienen al final del Libro de Signos (1930) y en buena parte de las Variaciones alrededor de nada (1936). Y vaya explíquense a un sueco lo que es, ¡y lo que era!, Bolombolo. Sólo De Greiff, “venido a menos viking (¡y en el trópico!)”, marinero anclado lejos del mar no visto, lo comprende y lo sabe, y solamente nosotros, locales, localísimos, lo entendemos:

*Oh Bolombolo, país exótico y no nada utópico
en absoluto! Enjalbegado de trópicos
hasta donde no más! Oh Bolombolo de cacofónico
o de ecológico nombre onomatopéyico y suave y retumbante, oh
Bolombolo!*

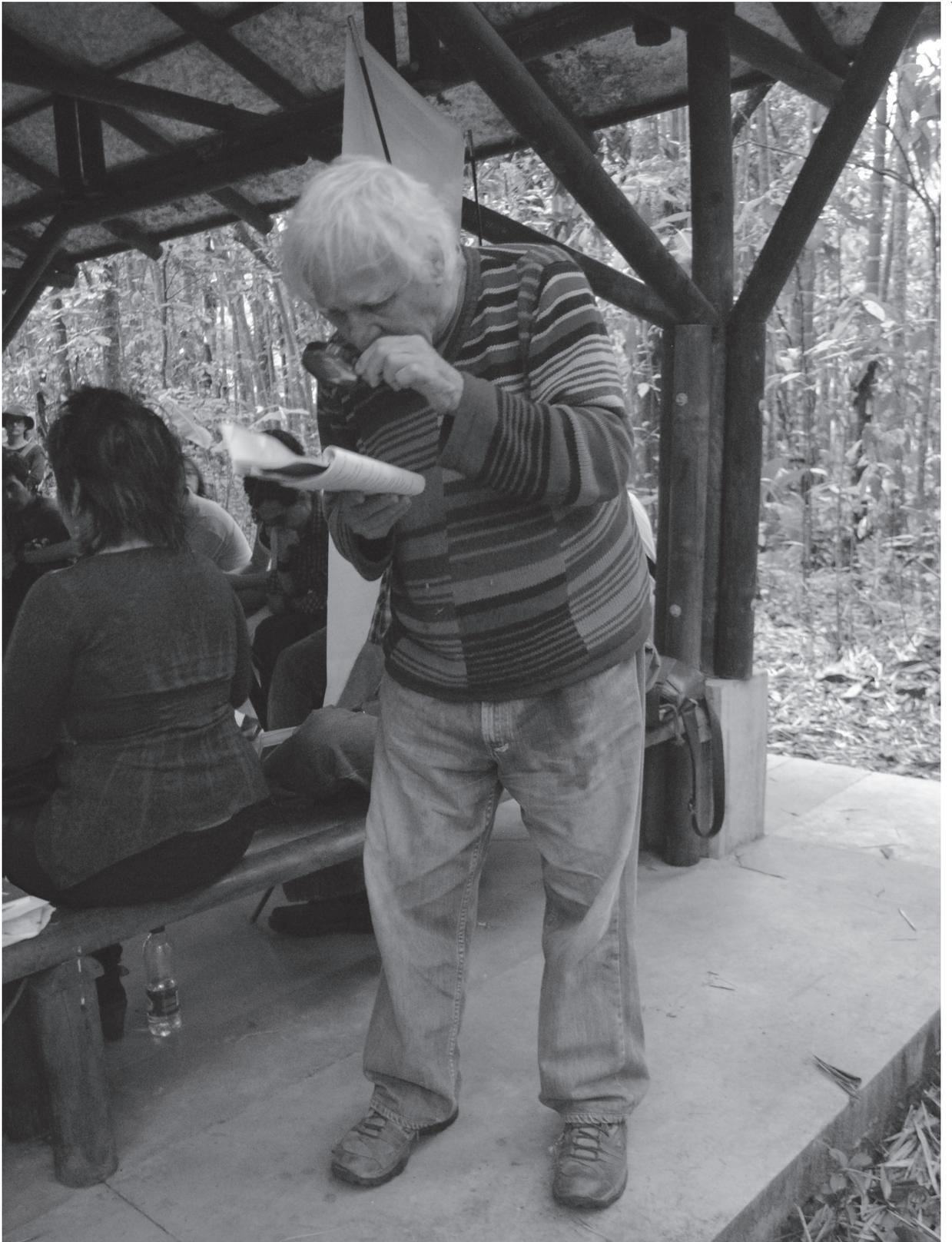
*Oh Bolombolo, país de tedio
badurnado de trópicos, país de tedio,
país que cruza el río bulloso y bravo, o soñoliento;
país de ardores coléricos e inhóspites,
de cerros y montes
mondos y de cejjuntos horizontes
despiadados. País de vida aventurera. País de rutilantes playas de
esmerilado cobre
-tortura de mis ojos zarcos y cuasi nictálopes-
país de hastiados días y días turbulentos, y de noches
que alargan los recuerdos insomnes.*



Tendría mucho más para decir sobre la poesía verdaderamente inagotable de León de Greiff. Aunque su poesía sea inagotable, el tiempo no lo es, ni la paciencia de ustedes. Legris nos prevenía contra esos “discursos de fastidio y de letargo”. Así que lo mejor será parar aquí, pero para que les quede un buen sabor en la boca (y en el oído, y en el pensamiento), los dejo con uno de los poemas rescatados por Hjalmar De Greiff, y nunca publicado en vida del poeta, que por sí solo justificaría ya esta gran edición, y que por ser tardío, de 1961, tal vez desmienta mi idea de que no hay buenos poetas viejos o valetudinarios:

*Soy suave con el suave. Con el duro soy sordo,
duro no, porque tácito, sólo un desdén responde.
Si me hieren, no en iras me desbordo,
sino que en mí me inmerjo: viajero único a bordo
sin rumbo o ruta singlo, voy sin saber a dónde
como a mi indiferencia corresponde.
Soy llano con el llano. Con el falaz soy mudo
proclive no, que ausente, me escuda mi indolencia.
La ausencia me es egida, me es cota, me es escudo.
Sírreme -si asaz frágil- como que voy desnudo
con sus mallas hialinas en que el odio silencia
su rencor y el veneno gasta su virulencia.
Soy bueno con el bueno. Con el malo, me esquivo
no temeroso: desdeñoso, altanero,
enigmático, incógnito, elusivo,
divago a la deriva, naufrago redivivo* ☹

León de Greiff, Obra poética, Bogotá, Universidad Nacional, 2004.
Edición revisada por Hjalmar d





GERARDO RIVERA

Los vinos del desterrado

*Una muestra del libro ganador del VII Premio Nacional
de Poesía José Manuel Arango 2012*

Los amigos de la poesía celebramos la luz de este nuevo libro del poeta Gerardo Rivera. Es uno de los más logrados libros de poesía que se han escrito en los últimos años en Colombia. En él se canta a lo leve, lo grave, lo misterioso. Una voz, su susurro, nos llega desde un lugar oculto. A veces sus versos parecen conjuros, oraciones extrañas, conversaciones con los seres del bosque donde vive, o con la paciente dama que aún no se decide por nosotros. Gerardo Rivera es el más profundo, y sutil poeta de Colombia, su obra es de una osadía lírica que nos esclarece, como una vieja lámpara que ofrece nueva luz y nos conmueve con lo que es capaz de dejarnos ver.

José Zuleta Ortíz

TU YA NO ERES

*Tú ya no.
Abres o cierras el árbol amado,
sobre la tristeza y la muerte de los pájaros.*

*Sé aquel que llega al amanecer,
el expulsado del paraíso, el humo que en la noche escapa,
desde la cabaña encendida.*

*He visto caer joyas de nieve
sobre los prados y el olvido,
he visto el espejo.
¿Quién eres tú?
¿Aquel que en vano llama a las estrellas?,
¿Aquel a quien ya nadie escucha?,*

*Veo las pálidas flores,
veo el destino cuando echa a volar,
desde el oro vertiginoso del tiempo.
Veo el espejo.*

LA VIDA QUE NOS QUEDA

*Regresas a viejos lugares,
pero no los recuerdas.*

*Recuerdas a los que cantaban,
en el corredor de la casa en penumbra,*

*a las monedas de oro que pasaban
entre nuestras viejas manos.*

*¿Fue vertida el agua sobre nosotros,
sobre nuestras cabezas, iluminadas por el astro resplandeciente?,*

*Alguien quedará todavía allí. Emilio.
de pie, mirando la noche, recorriendo aquel corredor,
soñando sobre la vida que nos queda.*

LADRIDOS LEJANOS

*Negra
es la nieve del resucitado*

Lázaro de la taza de oro

*Hazme beber, llévala a mis labios
mírame firmemente a los ojos*

*Ahora que estás desnudo
respirando a mi lado háblame al oído,
sé la vara triste de mis sueños*

*Sé el pobre perro amado
la llovida ceniza que escucha,*

tus ladridos lejanos

(A Lucky para que regrese)

UNA A UNA LAS ESTRELLAS

*Ahora háblame
abandona tu cabaña encendida y háblame*

*Lilith la hermosa yace en su sueño
el árbol remoto ha dicho ya sus palabras
y el agua es piedra o sombra*

*Ahora que ya todo está en su inmóvil música
y hemos abandonado para siempre nuestros viejos palacios
háblame desaparecida*

*Toma un puñado de las cenizas de la noche
y ofrécelas después al bosque y al espejo*

*A la que cruza los prados blancos de neblina
a la luna escondida detrás de tus sueños*

*Háblame del altar y el sacrificio
de las torcazas dobladas en la muerte*

*De las ofrendas de la sangre y el fuego
háblame del silencio que reposa en sus copas de oro
de la noche que es música y resonante cuerda*

*O toma mi mano y caminemos juntos
por estas tierras del eclipse rojo*

*O hazme el conjuro de las chamizas y de la taza de agua
ésta es la hora triste tráeme tus pájaros*

¿Será de plata este largo camino este mar lejano?

*Yo vendré a buscarte en la lluvia de tus ojos
antes del alba antes de los animales fantásticos*

A la hora de la danza

A la hora en que apagas silenciosa una a una las viejas estrellas.

(A Darío Henao)

AHORA LA JOVEN VOZ

*Ahora la joven voz,
hará volar al peregrino.*

*Ahora el joven sol, echará a andar,
con su atado de hojas y de ramas a la espalda.*

*¿Serás tú quien siga el fuego blanco,
el helado resplandor, el vuelo de la lechuza?*

*Ahora que la curva del camino muere entre los árboles,
y ha llovido y el jinete llegará a su casa dormida,
nadie habrá para recibirlo, ni para abrirle la puerta,
o quizás seas tú, quien le extienda la mano,
para que las aguas niñas caigan, saltando entre las piedras.*

*Tú, con tu verde, fresca mano, cuando el viento
del atardecer, anuncia la llegada de la noche
y el vuelo de sus anillos estrellados.*

*El viento, con sus ojos de adivino,
leerá nuestro destino, en sus rutas perdidas.*

*Que venga pues, la joven voz del árbol,
su verde palacio, su respiración de azucena,
que llegemos pronto al bosque, el bosque dirá palabras,
aves hermosas, llamas doradas,
y volarán las dulces torcazas de sus ojos,
y beberá la miel que el tiempo vierte, en los sembrados
del té, allá en Chicoral.*

*“Ya todo es ayer”, “ya todo es ayer”, dice el invisible señor
del bosque, el rojo señor del curvado pico.*

*“Honda es la gruta donde te espera el agua
y la lluvia de tu voz perdida”.*

(A Chicoral
la hermosa comarca
de los bosques y el agua)



CONVERTIDOS EN LLUVIA

*Atravesarás el desierto
como si estuvieras vivo
la luna iluminará el león de tus sueños
al espejo llegarás inútilmente
como un astro cansado de tanto morir*

*No verás más el sol sobre los prados
la dulce mano leve que acaricia las hojas
habrán partido los días del ayer
convertidos en lluvia para tus ojos de tierra*

MÚSICA DE LA FLAUTAS

*Caravana de aquellos sombreados por la luna
seres de los otros espejos*

*Viejas sombras y leves esparcidas por los sueños
por la estrella de la sangre en lo inclinado del navío
lenta en el polvo de cada uno de tus pasos*

*De aquellos idos que ya no recuerdan nada
hermosamente después convertidos en piedra*

Y después en olvido

*Dormir y despertar en pájaros
bajo estos fuegos danzantes del sol nocturno*

*Caravana de los incendiados peregrinos del cielo
fría voz de octubre música de las flautas*

ESE AZAFRÁN AMARILLO

*Te pones a llorar, ánfora desnuda,
o bajo el arco iris, eliges la tristeza
para desvestirte.*

*No te despiertes. De tu corazón saca el barro
del augurio, y despídete de mí, con los anillos
de tu atardecer.*

*¿No ves que estás completamente pérdida y sonámbula?
ponte a cantar, báñate en medio del eclipse,
tus ropas ya están puestas a secar, muy tarde
en el crepúsculo. Tu hermosa sombra mordida
por las fieras. Eres piedras de amolar,
duro cuchillo para el corazón rojo, estrella silenciosa.
Desde tu pico triste, dejas caer semillas, piedras oscuras,
para la noche larga.*

*Háblame, quiero que de ti me llegue ese aroma
de rosa final que muere en el espejo.*

*En tu jaula de nubes, eres el jilguero,
el sol vertido en la ventana, blanquísima luna
en los senderos de marzo.*

*Abre o cierra para mí, tu amanecer,
cuando en tus manos duerme aun esa luz, ese resplandor,
ese azafrán amarillo.*

VIEJO RESPLANDOR DE LA TARDE

*¿No sabes aún, quien eres tú ahora?,
eres el desaparecido.
El amado por las bellas criaturas del otoño:
El lobo, el gamo, el halcón, la lechuza.*

*Todos ellos desean ahora, tener trato contigo,
todos ellos desean acercarse a ti, para husmear en tu sombra.
(Quizás lo único vivo que aún conservas)*

*Ya solo sabes callar,
con ese silencio tuyo, que te llevó entre candelabros,
hacia tu desaparición,
hacia esa blanca respiración tuya de estandarte.*

*¿Ves ahora a esa estrella roja que brilla sobre ti?,
Ella te seguirá siempre a todas partes.*

*¿Sientes ahora, más que nunca, la fragancia dormida
de los pinos?, ella ahora hace parte de ti,
ella ahora eres tú.*

*Translúcida copa levantada, para mirar la púrpura
del vino, sangre tomada a las viñas del otoño,
hojas que se pierden en tristes esquinas
vientos helados, que desde las torres golpean la noche,
con sus alas sagradas,
eso eres tu ahora, las huellas casi perdidas de alguien que pasó
sobre la nieve, en un distraído sueño blanco,
lentos veleros que pasan bajo la luna fría, viejo resplandor de la tarde,
en un espejo.*

A SU RESPLANDOR ATADO

*Dijo: felicidad, lluvia, arco, torre,
blancura, dijo tristeza, dijo soledad.*

*Y un delicado frío, elevando sus brazos
alcanzó la puerta mas olvidada del jardín.
¿Fueron ángeles?*

*O largos e invisibles vuelos,
de sombras que se besan sangrando en el aire.*

*¿Eran nubes?
¿Eran hojas?*

*O palabras que al atardecer se queman,
como joyas,*

*O música, que la luna abandona
en los remotos bosques del pasado,
eran estrellas?*

*O eras tú, el cautivo, que tan solo sueña,
a su resplandor atado. ☹*



ROGELIO ECHAVARRÍA O LA AUSTERIDAD LUMINOSA

Texto de Juan Felipe Robledo



Una buena manera de rendirle homenaje a los 83 años del poeta Rogelio Echavarría, nacido en Santa Rosa de Osos, Antioquia, en 1926, es citar unos versos suyos:

*La noble tierra te devuelve dulces
frutas por el estiércol
que le arrojas
y flores vivas en el pozo
de las aguas muertas.*

Rogelio Echavarría, como pocos poetas, ha sabido devolvernos flores vivas en el pozo de las aguas muertas, ha convertido la ciudad, la tuya, la mía, la del vendedor y el jubilado, la de la muchacha querendona y el ladrón, la del poeta y el banquero, en un sitio donde la verdad del len-

guaje nos permite hablar de aquello que permanece y nos hace hermanos, sin olvidar la miseria y escasez de la urbe, su grisura, para devolvernos la confianza en las palabras del poema que hablan de un tiempo degradado, pero nos ofrece –intacta– la emoción y la fe en que permaneceremos en la memoria merced a la bondad y la constante devoción por ser cada día más sencillos y más nobles, tal y como Rogelio nos ha enseñado a tantos poetas por largos años.

Poeta de la ciudad, pero también poeta del amor y de la muerte, su figura se yergue como uno de los puntales sobre los que se sostiene nuestra tradición poética. Clasificado por una parte de la historiografía literaria dentro del grupo de los “Cuadernícolas”, ya que su libro *Edad sin tiempo*, quemado en el Bogotazo, fue publicado junto a los de poetas de este grupo, pero fundamentalmente miembro destacado de la *Generación de Mito*, la de sus amigos Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez, Rogelio combinó la actividad periodística incesante en *El Tiempo*, diario del que fue jefe de redacción, con las colaboraciones en prácticamente todas las publicaciones periódicas del país, y la fundación de proyectos independientes que le dieron más de un quebradero de cabeza, pero también grandes satisfacciones, aparte de su labor como antólogo y recopilador de la poesía colombiana, con la escritura de un libro único de poemas, *El transeúnte*, que ha sido publicado ocho veces con modificaciones, supresiones y adiciones dictadas por el afán de perfección formal y concentración expresiva del poeta.

Aurelio Arturo, Ernesto Sábato, Enrique Molina, José Manuel Arango, Darío Jaramillo Agudelo, su paisano, Juan Gustavo Cobo Borda, María Mercedes Carranza, Alonso Aristizábal, Juan José Hoyos, Joe Broderick, Jorge Cadavid, entre innumerables nombres, han dedicado palabras elogiosas a la poesía de Rogelio, siempre destacando en ella su carácter inaugural, su sobriedad y sostenido lirismo, su contención expresiva, su oficio y fidelidad a ciertos asuntos que lo convierten en uno de nuestros grandes poetas.

Sobre el sentido inaugural de la poesía de Rogelio Echavarría en nuestra poesía, y como renovación de una sensibilidad y una estética, las palabras de José Manuel Arango son esclarecedoras:

Porfirio Barba Jacob era todavía un genio. Es decir, tomaba todavía esa postura romántica. Cuando sólo habían pasado seis años desde la muerte de Barba Jacob, hacia 1948, la de *El transeúnte* es otra voz. Sus palabras sin énfasis suenan más cercanas a lo que hoy sentimos. “Soy el diseminado”, nos dice. Como una semilla más de las que derrocha la naturaleza, la madre loca. Y en otro lugar:

*Hablemos francamente
confesemos nuestro fracaso
de hombres sin alas
de hojas muertas en el estío*

*nuestros empeños ciegos
sin metáforas vanas
nuestra identificación con todos
o con casi todos*

Y, este mismo sentido, sostiene Darío Jaramillo Agudelo: “Diré tan sólo lo principal: “Rogelio Echavarría es un poeta original en la poesía colombiana porque fue el primero que abrió los ojos a la poesía de lo cotidiano y de la ciudad: y lo hizo sin perder vuelo lírico, sin abandonar el misterio esencial de la poesía.”

Rogelio escribe de una manera amorosa, detenida, evitando siempre el énfasis, como si un pudor fundamental marcara sus palabras, unas que no nacen de afán retórico alguno, sino que se sostienen sobre una fundamental convicción en la honestidad del sentimiento y la inteligencia de una mirada desnuda que le dan hondura a sus versos para cautivarnos y hacernos sentir hermanados en ese tránsito diario, el que la imagen de su transeúnte solitario en medio del tumulto convoca.

Los poemas de *El transeúnte* corresponden a cinco períodos definidos: los escritos entre 1948 y 1952, los que van de 1972 a 1991, los de 1991, los escritos entre 1992 y 1993, y los escritos entre 1993 y 1999. En los últimos años, Rogelio Echavarría ha regresado a los poemas rimados y medidos, que no forman todavía parte de *El transeúnte*, pero que muestran cómo la labor creativa, de concisión y mesura, del poeta antioqueño no se ha detenido.

¿Cómo se pesa el corazón de un hombre, por qué inicié estas palabras hablando de la lección de nobleza y sencillez, de bondad, que habita en los poemas de Rogelio Echavarría? Quizás lo que quise decir es que en su concentración, en su significativo desprecio de cualquier forma de altisonancia, en su fundamental compasión con el destino colectivo, podemos descubrirnos como habitantes de un mundo duro y lleno de aristas, despiadado, pero Rogelio ha sabido convertir las aguas muertas del tedio y la repetición, el anonimato de nuestras ciudades, en vivas floras de belleza y memoria, en inteligencia chispeante y humor que no se resigna al silencio, sino que desea en la austeridad y la belleza silenciosas la permanencia de la verdadera poesía. Celebremos sin estridencias al poeta y su legado. ☺

5 BRASIL poetas

a modo de presentación

Versiones al español de Teresa Arijón y Bárbara Belloc



De la poesía brasileña podría decirse objetivamente –sin incurrir en la vanidad de intentar una definición– que es vasta y diversa, magma marítimo-amazónico si cabe, como el territorio de Brasil. Una y muchas a la vez, como el dios de los *nuer* en el sur de Sudán.

Por eso, a la hora de decidir cuáles nombres y porqué, el desafío es grande, como asimismo la tentación: ¿en compañía de quiénes navegar ese agua torrentosa y pródiga, enigmática y en ocasiones todavía inexplorada? Tal vez dejándose llevar por la misma corriente que dio a luz poetas que ya son faros: pienso en Ferreira Gullar, Ana Cristina César, Oswald y Mário de Andrade, el gran Manuel Bandeira, Adélia Prado, Drummond, João Cabral de Melo Neto, Cecília Meireles, Waly Salomão....

Cinco nombres surgen entonces como compañeros de viaje, cinco posibilidades de mostrar esa diversidad, esa abundancia –como quería Wittgenstein– a través del fulgor del aspecto, de la cacería del instante.

Ángela Melim (Porto Alegre, 1952), poeta furtiva y fugitiva, esporádica en el hábito de publicar, propone desde su primer libro –*O vidro o nome*, 1974– una escritura imprevista, rebelde, a flor de piel. Un contrapunto vital, inmediato, a la poesía de la otra gran representante de su generación: la cáustica, iconoclasta, precursora de vanguardias y acaso trágica Ana Cristina César. Desde Arraial do Cabo –playa y puerto de pescadores donde reside luego de varias décadas cariocas– Ángela continúa trazando a la manera del mítico poeta japonés, con mano fuerte y curtida, rápidas líneas que son poemas sobre la delicada seda de los días. Armando Freitas Filho (Río de Janeiro, 1940) es uno de los poetas contemporáneos más prolíficos y que más vertientes ha indagado en sus casi cincuenta años de trayectoria. De él dijo Benedito Nunes, ya en 1991, que es “una de las mejores voces reflexivas de la poesía reciente”. Alguien que desde la perspectiva del hombre común, cotidiano, interroga y celebra aquello que lo hace ser humano, “simplemente humano”, el cuerpo y sus dos vías magnas: el amor y la muerte. Siempre cercano a la precisión arisca de Drummond, al lirismo intimista de Clarice Lispector (a quienes en cierto modo considera sus “progenitores literarios”). Guilherme Závros (San Pablo, 1957) suele llamarse a sí mismo

Zarvoleta en sus poemas: lepidóptero no clasificado por Linneo ni tampoco observado por el riguroso Nabokov, cuyo nombre proviene de la contracción de Zarvos y *borboleta* (mariposa en portugués). Así en la vida como en la escritura: con humor no despojado de sarcasmo, pero también con una ternura (si se me perdona la palabra) pocas veces hallada en los poetas que escriben hoy y ahora, Guilherme percibe-absorbe-impregna- describe ese sustrato impredecible (y tantas veces indecible) al que, para simplificar, denominamos “realidad”. En 1990 fundó, con el poeta Chacal, el CEP 20.000 (Centro de Experimentación Poética), por donde ha pasado –y continúa pasando– casi toda la producción poética y musical “en tránsito” por Río de Janeiro. Juliana Krapp (Río de Janeiro, 1980), todavía inédita en formato libro, ha publicado extensamente en *Inimigo Rumor*, *Germina*, *Poesia Sempre* y *Modo de Usar & Co.* (las revistas más sonoras de su país). Se distingue entre los poetas de su generación por sus asociaciones veloces, imprevisibles, cargadas de un sentido nuevo, su no-abuso de la ironía, su mirada sensitiva, casi arquitectónica sobre las cosas: ya se trate del paisaje urbano o de las vísceras de un animal. Y cerrando el acotado y provisorio desfile, Mário Faustino, nacido en Teresina en 1930 y muerto en Lima, Perú, a los treinta años. El misterioso y potente Mário Faustino, una suerte de eslabón entre la tradición modernista y el deseo –profundo, táctil, vibrante– de “transformar y revitalizar esa misma tradición” (según dijera Heloisa Buarque de Holanda en su prólogo a *Puentes/Pontes*, la más completa antología bilingüe de poesía brasileña y argentina contemporánea, publicada en 2003). Un poeta que, a la manera del cazador del poema incluido en esta selección, intenta en cada poema nuevos procedimientos sonoros y sintácticos que hasta hoy nos cautivan y nos asombran.

Así, estos brevísimos apuntes o retratos a mano alzada. Observaciones que intentan iniciar una serie: lo que los antiguos griegos conocían como *tessera hospitalis* o tablilla de recuerdo. Dicen que en Grecia todo anfitrión tenía por costumbre romper una tablilla en dos y regalarle a su huésped una mitad, guardando la otra para sí. De ese modo, uniendo las dos partes, los descendientes de ambos podrían reconocerse al cabo de los años. Proponer, entonces, que esta muestra, estos fragmentos, funcionen como tablillas de recuerdo: mitades que naturalmente buscarán completarse en la lectura exhaustiva de estos y de todos los poetas que componen el ancho e inextinguible río de la poesía brasileña contemporánea.

Teresa Arijón

Nota Bene: Comparto algunas de las traducciones seleccionadas con la poeta argentina Bárbara Belloc. Algunas de ellas son inéditas y otras fueron publicadas en: *Entre cielo y suelo. Una antología*, de Armando Freitas Filho (Bs. As., Corregidor, 2010), el ya mencionado *Puentes/Pontes* (Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 2003), y *Otra línea de fuego. Quince poetas brasileñas ultracontemporáneas* (Málaga, MaRemoto, 2009).



ÁNGELA MELIM
(Porto Alegre, 1952)

Cosas así, pardas

*Canario, pato, chucherías
cosas así, nombres — Rita
cosas así, pardas, mestizas
de pequeño porte
cosas de fibra
aunque de aspecto desvalido —
cosas pardas vivas
pulsantes
un poema así.*

Álbum

*Detrás del alambrado los cerámicos
el verde opaco del cloro
la piscina de los bancarios
tú de piernas cruzadas
pasando crema
sonriendo.*

*El recreo colectivo
el descanso proletario
el minuto inmortal
que congeló la instantánea.*

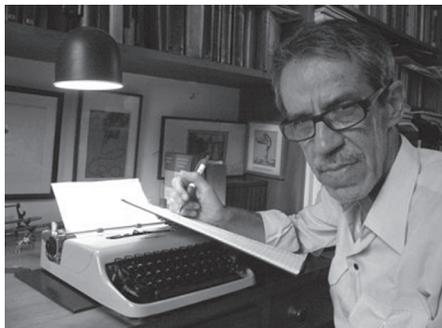
*El examen obligatorio
para entrar al paraíso
la ducha con jabón
el médico de servicio.*

*No me olvido, está en el álbum:
con un solo dedo de la mano
me derretías.*

Una casa en el aire

*es la mía:
desde lo alto veo
casas antiguas, telas al viento, la luz del mundo
—el verano en Río—
y soy feliz.*

*Poeta:
verde y sol
me atraviesan.
Fotosintética
clorofilica
transparente –
puro aire puro, vivo aquí.*



ARMANDO FREITAS FILHO
(Río de Janeiro, 1940)

ENTRADA DE DICCIONARIO PARA JOÃO CABRAL

*Escribió para siempre, escribió en serie siempre
el primer poema y el último, al mismo tiempo.
De la hoja inicial a la postrera, sin saltar páginas
en lengua de protocolo, nada espectacular.
Diplomática, pero en código propio, personal
e intransferible, que se pasaba en limpio
automáticamente, por el grafismo impecable
de la caligrafía que ocultaba, bajo el gesto
de esa gimnasia, arte — verso medido y rigor.
Todo en un solo día, didáctico, bajo el sol insoportable
o en días que no diferían, circulares: en el fondo
eran uno solo, en varias vías y versiones
revelado, sin ningún exceso de cielo.*

CDA EN EL CORAZÓN

*Drummond es Dios. Padre inalcanzable.
No reconoce a los hijos. La mano huesuda
y dura, de uñas estriadas, no bendice:
escribe, sin querer, a pesar de todo, la vida
de cada uno, mezclada con la suya.
Sangre de la misma familia, carne
misma — de tigre y milagro — continúa
enmendándose, herida tras herida.
Pero no cesa. No para, aun cuando el dolor
amenace interrumpir la vena, de lo que sólo bajo
presión se articula inteligible, de lo que sólo
funciona a solas, personal, pero transparente
contra la voluntad del corazón medido.*

*Anteojos, binóculos, luneta metafísica
aproximan lo que ya es próximo:
lo que respira pegado a la piel sin que
el pensamiento pase en limpio el calor
de lo que casi inaudible es inaudito
e íntimo, de aquello que, subterráneo,
no quiere otra existencia
o apogeo: de lo que sin luz natural
ilumina hacia adentro, hacia abajo
y crece — raíz sin flor al fin.
Sin el desperdicio del sudor del color.
Sin ser sorprendida, sin flagrante
siquiera de su fragancia imaginada.*

*Boca de trazo recto. Cara litográfica
garabateada en pocas líneas, a carbón.
El cuerpo está en juego desentrañándose
de las paredes urbanas que atraviesa
a paso automático, con su habla seca
dactilografiada de prisa, que todo transforma
en lenguaje; lo subrepticio, lo explícito —
el bulto y el volcán —aconteciendo en dos tiempos:
calculado y sin cuenta, dentro de la misma voz
que imprime, minuciosa, en el verso
el reverbero, y en la cara de la hoja
de la naturaleza, sus variaciones
bajo la mirada azul-cielo de largo alcance.*

FOTOGRAFÍA

*No amaba el amor. Ni sus pruebas.
Amaba su engranaje. La tramoya
del escenario, el reflector ciego
con la posibilidad de la luz.
El telón cayendo de golpe
en boca de escena, bajo el corazón imaginario
artificial y monitoreado, distinto
de aquel que latía dentro de sí:
sin control — en la bella y en la bestia.*

23

*Escribir es raspar el fósforo
y bajo su pequeña claridad
dar alas al aire — distancia, destino
protegiendo la llama contra
el descuido del viento, mantener
la luz encendida, aunque el pensamiento
parpadee, hasta que se quemen los dedos.*

LECTURA

*Lolita se lee de un trago:
vino tinto que varía hasta el blanco,
hasta la espuma del champagne.
O degustando, gota a gota
el artificio de la lengua inglesa
y de otras que traducen el bien torneado
lenguaje norteamericano de su cuerpo
que un ruso usa y abusa, subrepticio
en el desvío, bajo seudónimo
para mejor usufructuar los sentidos ocultos
la miel y el vello de las piernas
la axila lisa todavía sin la lija del pelo rasurado:
con los ojos, en la césped, con la boca
lamiendo el sudor después del tenis
en la ingle, rubia y acre, antes del baño
y nuevamente con la vista
en la bicicleta, huidiza y fría, al final del día.*

*Bebo de tu vaso, en secreto.
Bebo tu resto. Pienso que siento
el sabor de tu boca en el labio de vidrio.
Saliva, lápiz labial, suspiro, sonrisa.
Así te enamoro, siempre a través.
Mediado por alguna cosa
que tocaste y vestiste — bata
suave olvidada al final de la tarde
al borde de la piscina, en Petrópolis
que capturo a la noche, igual
al suéter dejado, lánguido sobre el sofá
que todavía guarda la forma
de tu aroma, frente al fuego que muere
en el living frío, en la alta madrugada.*



JULIANA KRAPP
(Río de Janeiro, 1980)

permanencia

*le faltan gatos
a esta idea de la muerte. nunca es
apenas un cuerpo que sube, o un cuerpo
que rompe (¿dónde el reino
de las palancas, dónde
la superficie
que estanca el dolor?)
imposible no pensar
en iluminaciones, taludes escarpados o
en la tentativa inútil de decorar
los lilas de tus uñas, la textura
de tus venas.
Se necesitan
utensilios más brutales para hacer correr
la oscura —¿sangre
de mi sangre? fría
como baldosas, encastillada
en algún nervioso deseo
de derrumbe
yo bien que dije:
a él le gustaría estar
bajo un árbol
de pie, al final de la línea, y no
a alta velocidad. El cuerpo
que no sube, apenas
queda, marginado
por un lenguaje irrespirable, esperando
el último canto del canario belga
a las cuatro de la tarde, el corazón
enredado en los matices
de un paseo en el lago.*

Falacia

*Dijiste que te gustaban los nombres que parecen
interrumpidos*

Conrad, Murdoc

Dije sic. No lo tomes en cuenta, por favor.

*El cielo no entiende de marte, pero lo dijiste
y marte se volvió extraño, un pequeño ojo exasperado
enciclopédico*

*como el sexo que tuvimos después. De cierta forma precoz,
quedó revoloteando en el papel pardo de la ventana
hasta encontrar una fisura — toda vidrio, toda allende*

Dijiste plancton, litio (roca sedienta)

*arduos asesinos por encargo acechando en las mazmorras
y en un murmullo: «enrejados», «orquideas»
remache*

*para encontrar un punto de fuga, un beso rudo
boca vulva narinas — orificios de lujo*

*espiando de soslayo flujos
de palabras nuevas*

y líquidos por la mitad.

Dijiste «alcahuete»

y te adormeciste con la mano un poco trémula

sobre mi pierna.



GUILHERME ZARVOS
(San Pablo, 1957)

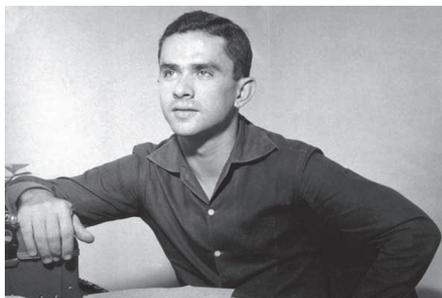
Teresa

*visito a mi madre en el Jardín Botánico
hace 2 años que murió
parece que hace una vida
tengo tanta nostalgia
de las charlas
del whiskicito, hasta del ruido nervioso del hielo
El exceso de whiskey ayudó a matarla
pena que los excesos maten
Ya conocí gente murió de amor
de exceso y falta*

*El árbol que mi hermana y yo elegimos para depositar
sus cenizas no tiene nada de excepcional
una Tiliaceae de Malasia
Me parece vieja
fue un descuido esparcir las cenizas en un
árbol que puede caer pronto
incluso antes de mi muerte
me parece un rincón agradable
ella debe estar contenta en el cielo
yo estoy aquí en la tierra*

*Depositar cenizas de cremación en el Jardín Botánico
está prohibido. Tomar fotos de casamiento se puede.
Imagino que si todos depositaran sus muertos en el
Jardín Botánico se asemejaría al Ganges;
todo humano debería pasar una tarde
mirando una cremación en el Río Ganges; en la India
después de prender fuego al muerto, en presencia de la
Familia, con un pedazo de palo se rompen los
huesos y el cráneo que son muy resistentes al
fuego. Todo es calmo y sagrado. Las cenizas van al río*

*Mi madre no sufrió mucho al morir.
Mi hermana y yo estuvimos contenidos.
Nuestra familia es Así. Fatalista.
Ya me dijeron que es un rezago
aristocrático. Siempre nos enorgullecimos de la
República. Alrededor de la Tiliaceae nacieron cucumelos.
Cada vez que visito a mi madre hay novedades
alrededor del árbol. Mi madre está siempre
presente y el suelo siempre presenta sorpresas,
los cucumelos forman un conjunto, como una nidada.
¡Del medio salta una flor! De la raza de las Teresas.*



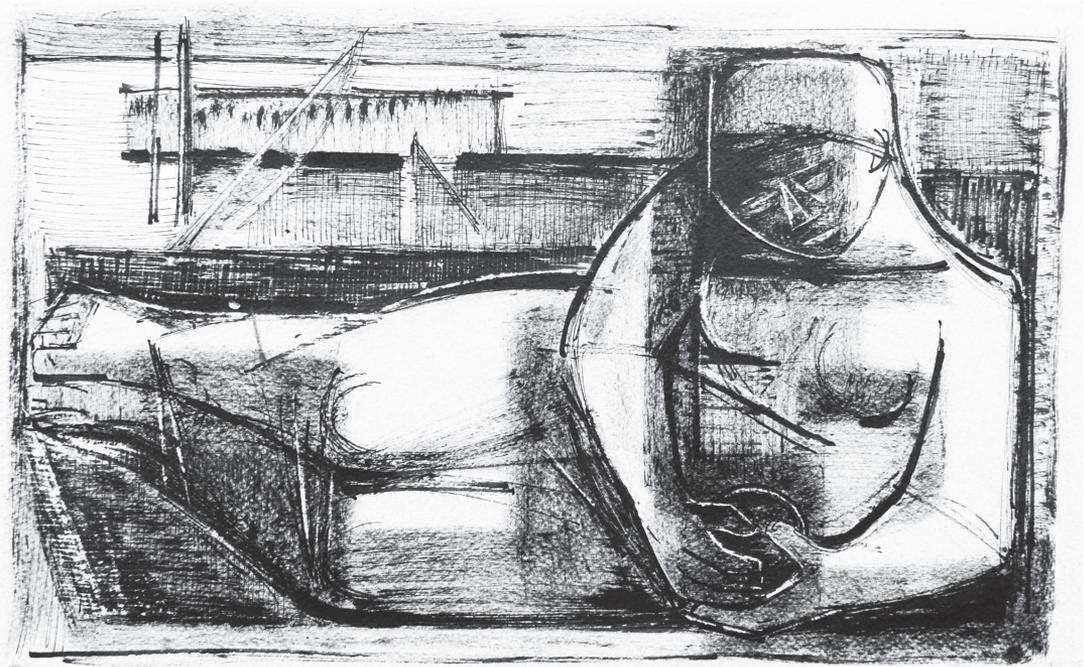
MÁRIO FAUSTINO
(Teresina, 1930 - Lima, Perú, 1962)

Cambiante selva, río, joyas,

*una sarta de garzas brotaba
el pescador se erguía
los labios contra la urna
y la palmera llovía luz de sol
y la superficie del agua centelleaba y cambiaba de color
Un reto, al cazador, la zarza bruta,
palma de mano cerrada en caño frío,
cinto de brotes, tobillos fríos,
cazador de rodillas,
la pared de hojas centelleaba, no cambiaba de color.
Nutrias mudas, caza y pesca, nutrias frías.
Son, al sur, las estrellas. Son sus restos, el desfile nocturno –
cambio de claves, la cruz del sur, los astrolabios,
el corazón se interrogaba, el corazón superfluo,
vacío, flujo y reflujo, arcano, arcángel,
aire cargado, latente, flor y resto. ☺*

LO INESPERADO

Texto de Enrique Vila-Matas



No hago nada.

Mejor dicho, me gustaría que pudiera decirse de mí, sin que eso creara sorpresa o extrañeza: no hace nada. Eso me permitiría escuchar frases halagadoras como, por ejemplo: “su mejor obra es la utilización de su tiempo”. Y poder entonces comentar con elegante desdén: “De acuerdo, pero ¿qué significa todo eso en el fondo, y que va a quedar de ello?”.

Sería feliz siendo el hombre que no hace nada y aguarda elogios para responder a continuación con un inteligente desdén. Y es que, comprendanme, no hay que despreciar nunca las posibilidades de ser *otro*, aunque casi siempre alcance la otredad a través de lo que escribo, nunca en la vida, donde las cosas se me complican mucho más. El caso es que, por el momento, soy el que soy. Y el que soy se dispone, como siempre, a hacer algo, no exactamente a actuar, pero sí a pensar, a intentar trasladarlo al ordenador.

Maldita fatalidad tener que hacer algo, estoy seguro de que siempre me equivoco al entrar en acción. Sé que si me quedara inmóvil, en cambio, podría examinar con detenimiento las numerosas telarañas y permanecer atento a los ruidos no habituales de la aparentemente plácida casa: estudiar si hay extraños en ella, si en algún esquinado lugar se ocultan forasteros que han podido entrar sin llamar.

Pero nada, me dispongo a hacer algo, me dispongo a enfocar mi memoria hacia una lejana serie de televisión americana del año 1952, *The Unexpected*, que en nuestro país se llamó *Lo inesperado* y se vio a lo largo de las temporadas de 1959 y 1960. La pasaban los lunes a las nueve y media de la noche antes del solitario anuncio de Martini en la hora punta de entonces (hoy puede parecernos asombroso, cuando no inverosímil, pero ese spot era el único en todo el día; no había más publicidad). Lo pasaban los lunes y el capítulo correspondiente lo veíamos a veces mi hermana Teresa y yo. Uno de esos episodios, del que no recordamos el título, nos impresionó de tal forma que todavía hoy lo recordamos, nos produjo tanto terror metafísico que nos quedó grabado para siempre.

No es que no esté al día y no sepa nada de series actuales. De hecho, soy un declarado admirador de *Breaking Bad* y también de *The Wire* y de *Mad Men*, etc. Pero lo cierto es que, a la hora de hablar de series, siempre acabo pensando en la primera de todas las que vi, siempre recaigo en el extraño recuerdo de *Lo inesperado*, esa serie que, salvo mi hermana y yo, apenas recuerda nadie en este país: tanto es así que un día llegamos a pensar que, sin darnos cuenta, la habíamos inventado, o simplemente le habíamos

cambiado el nombre, porque en internet hasta ayer mismo no hubo modo de encontrar una sola referencia a la serie. Ayer, armándome de paciencia, me dediqué a buscarla a fondo en google, a rastrear cualquier huella o vestigio que pudiera quedar de la remota y desdichada (desdichada porque no parece que haya quedado en la memoria colectiva) serie, y finalmente encontré una milagrosa página en castellano que me confirmó que, en efecto, hubo una vez una serie llamada *Lo inesperado*.

Ese capítulo que tanto nos impresionó –repasando ahora en la página de google la lista de los diferentes episodios pensamos que pudo tratarse de *House of Shadows*- lo vimos un lunes del invierno de 1960 en el que yo tenía doce años y mi hermana diez y hacía frío afuera en la calle; de este detalle climático nos acordamos muy bien porque descubrimos al unísono, casi como si fuéramos gemelos (reímos a veces), que donde de verdad hacía auténtico frío era en el interior de la confortable casa de la película.

Al principio, en ese capítulo, no pasaba nada, igual que no solía pasar nunca nada en casa de nuestros padres, e igual que tampoco pasaba nada en aquel barrio perdido de la Barcelona perdida de aquellos años. Al principio, en esa película, no sólo no pasaba nada, sino que encima había una familia burguesa y feliz que no hacía nada y se limitaba a estar sentada en un sofá en su cómoda casa, donde todo estaba tan perfectamente ordenado que hasta parecía que la casa careciera de salida al exterior, tal vez porque ese exterior ni existía. No creo equivocarme si digo que por un momento mi hermana y yo llegamos a pensar que en aquel decorado faltaba la naturaleza. ¡Se estaba bien de aquella forma! ¿Cómo decirlo? Le entraban ganas a uno de decirle al televisor: no hacemos nada, sólo te miramos. Había un impulso lógico en ese deseo: nos esforzábamos todo el día leyendo, estudiando, saludando a todas las personas honradas del barrio del Paseo de San Juan de Barcelona (entonces llamado de aquella forma tan extravagante: paseo del general Mola), nos esforzábamos cantando en el coro del colegio, huyendo de cualquier anormalidad que pudiera llamar la atención de los inspectores (en aquellos días, las personas honradas eran vigiladas por inspectores, decían nuestros padres). Nos esforzábamos todo el rato, pero ante el televisor aquel día –aquel lunes en el que vimos aquel episodio de *Lo inesperado* en el que había una casa en la que no pasaba nada y en la que menos aún podía pasar algo fuera de ella porque parecía no tener salida al exterior- no había que hacer nada, salvo mirar cómo pasaba el tiempo en aquella pantalla que parecía un espejo de la otra pantalla, la del tranquilo dulce hogar real desde el que mirábamos encantados cómo iba pasando la vida tan callada.

Pero en *Casa de sombras* nos aguardaba lo inesperado. No sé, no hago nada ahora, pero me parece, y creo que siempre me lo ha parecido, que la imaginación consiste en dejar que lo inesperado acontezca y que esa precisamente fue la gran lección que nos dejó aquella película: dejar que lo inesperado aconteciera porque inevitablemente tenía que acontecer. Quizás por eso, en lo que respecta a mí, dejé siempre que mi escritura,

a lo largo de más de tres décadas, fuera configurando una estética del desconcierto. Seguramente algo en todo esto tuvo que ver *The Unexpected*, aquella serie que se abría con las caras de seres terriblemente aterradores que nos contemplaban desde la pantalla del televisor mientras una voz nos anunciaba: “¿Qué es lo que estas personas están esperando? Ellos están esperando... Lo... inesperado”

En *Casa de sombras* un extraño se infiltraba en la casa de la familia feliz del episodio y, aunque no llegábamos a verle nunca, dejaba rastros de su presencia a través, por ejemplo, de puertas que se abrían y cerraban. ¿Acaso no nos aterroriza todavía despertar y oír en plena noche un ruido no habitual en el interior de nuestra casa? ¿Y qué decir de los que despiertan y ven que un extraño les está observando al pie de su cama? ¿No es ese, por cierto, el comienzo de *El proceso* de Kafka?

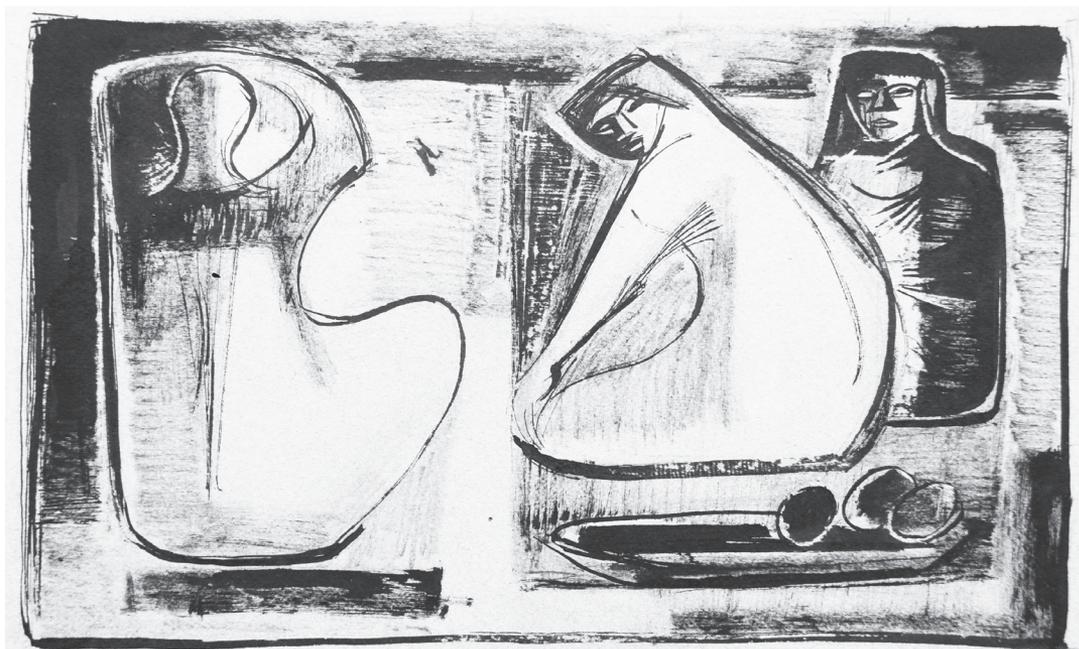
El miedo que a mi hermana y a mí nos produjo la sola idea de que en aquel mismo instante pudiera haber un intruso, un extraño escondido en el interior de nuestra casa o de nuestro cuerpo fue tan colosal que aún no nos hemos recuperado de aquello. Cuando el terrorífico episodio terminó —jamás se llegaba a ver al intruso, eso fue lo peor— y llegó el anuncio de Martini, nosotros estábamos congelados de puro miedo. Si en ese momento le hubiéramos dicho en voz alta al televisor “no hacemos nada, sólo te miramos”, quien habría tenido miedo a que se hubieran infiltrado en su interior dos desconocidos habría sido el propio televisor. Y es que el miedo se descubre un día e inmediatamente se aprende a transmitirlo. Creo que solemos transmitirlo con el intruso que llevamos dentro y sabiendo que en el arte de narrar no es necesario que todo quede explicado. Parece que esto es algo que sabían muy bien los clásicos. La mitad, como mínimo, de lo que contamos debe quedar sin explicaciones que lo hagan demasiado comprensible. ¿O acaso vamos nosotros por la calle comprendiéndolo absolutamente todo?

Hoy en día voy por la calle, con el intruso dentro, y siempre dialogando con lo inesperado, imaginando historias en las que no todo quedará explicado y en las que tomaré la precaución de que el rostro de mi visitante quede siempre oculto, lo que me ayudará sin duda a que lo inesperado *acontezca* porque inevitablemente tenía que acontecer. Sé que una historia que quede bien explicada carece de excesivo interés, es más informativa y periodística que narrativa. Y sé también que mi modelo ideal de narración procede de aquel enigmático episodio de *Lo inesperado*, pues mi modelo es el relato que nunca se entrega. Desde luego aquel episodio ha llegado hasta nuestros días, ha llegado hasta aquí, y es una historia que mi hermana y yo nunca nos acabamos de explicar, quizás porque empezó en nosotros cuando terminamos de verla. Hoy en día cuando vemos las series modernas nos volvemos hasta fanáticos de algunas de ellas, pero se nos escapa una risa helada, terrible, porque estamos de vuelta y media de todo. No sé si es preciso decirlo: nosotros venimos de *Lo inesperado*. ☹

“La letra con amor entra”

*Una reflexión entorno a la biografía lectora
Presentación y selección de Javier Naranjo*

Título correspondiente a una frase de Esneida Tejada (Red Metropolitana de Bibliotecas de Medellín)



T

Trabajo en la biblioteca y centro comunitario rural Laboratorio del Espíritu en El Retiro, Antioquia; allí y en otros sitios de trabajo, recogí desde hace más de cinco años, cartas dirigidas a personas que incidieron para bien o para mal, en hábitos de lectura y escritura de otros. Pero, ¿quiénes son esos otros que escribían las cartas? La historia es sencilla y breve: invité a profesores y bibliotecarios de zonas rurales de Antioquia, algunos otros municipios del país y Buenos Aires, Argentina, a que escribieran sobre sus memorias lectoras, ¿quién les hizo amar u odiar la lectura y la escritura? ¿Qué ritos acompañaron esa relación? ¿Qué olores? ¿Qué gestos? ¿Qué palabras? ¿Qué libros recordaban? ¿Qué luces de los días? ¿Qué tristezas o dolores se aparejaban a su aprendizaje? Invité también a docentes de zonas urbanas, a promotores de lectura, a jóvenes, a noveles escritores, a universitarios, a madres comunitarias. Al taller lo llamé Biografía Lectora, de acuerdo al nombre que tenía un ejercicio similar que alguna vez hice con Cerlalc. La mayoría de personas que asistieron, instruían a otros en lectura y escritura o estaban interesados por su quehacer en el lenguaje. Hice una variación sobre la idea original: para no proponer en seco una inmersión emocional en el recuerdo (¿será una tautología?), aunque supongo que algunos se las arreglan para recordar sin emociones, como ver una película hecha de vos cuyo protagonista es otro... En fin, para despertar su memoria de infancia les leía “La letra con sangre entra”, un escrito del boliviano Víctor Montoya ¹. Atormentado e íntimo recuerdo de sus primeros días en la escuela Jaime Mendoza. Tocados en los más hondo, casi alzados del suelo, sin comentar nada de lo leído para dejar que reverberara, hiciera eco, riera y gritara, les pedía que escribieran esa carta que ya conté, algunas de las cuales ustedes van a leer enseguida. En silencio se entregaban a evocar. Yo sé que es una imagen, por eso es verdadera, me gusta pensar que casi se podía ver sobre sus cabezas inclinadas el aleteo de las cosas muy cercanas, el afecto recibido, el dolor del maltrato. Las letras que entraban con sangre y la pasión por el lenguaje entregadas, entretnejidas a las vidas cuyo testimonio, ahora en un silencio grávido, se escribía. Luego cada uno leía su carta, muchos no quisieron, a veces era demasiado poderoso el sentimiento, y quedar expuesto, siendo

niño de nuevo, no es fácil. Otras veces, pese al dolor se levantaban y con voz trémula, leían. En muchas ocasiones yo debía terminar la lectura y mi voz temblaba con sus palabras.

Algunas cartas quedaron sin fecha, sin firma, a veces hasta sin el nombre del destinatario. Tienen sus personales y “equivocos” giros del lenguaje. Corregí sólo ortografía y puntuación.

Hay conclusiones (que no puedo precisar) de cientos de cartas que conservo, miradas posibles sobre cómo aprendemos a leer y a escribir, o qué cambia en el aprendizaje para que esa necesidad de contarnos en las letras, nos atrape para siempre. Algo va de deletrear y escribir funcionalmente a que ese dulce quehacer cuente cada vez más mi vida...tu vida. Hay preguntas que podrían hacerse sobre esas experiencias en lecto-escritura en otros países, pero este giro de la propuesta, apenas comienza. Me pregunto: ¿Podemos ocuparnos de acercar a los demás al gusto por la lectura y la escritura si el lenguaje se asume sólo como reglas, convenciones, palabras sin alma, al servicio único de lo pragmático? ¿Podemos contagiar amor por la lectura a golpes, gritos, maltratos? ¿O sólo así se enseñan letras, sílabas, frases, de un caparazón vacío? Parecen evidentes las respuestas, pero ya verán que no es tan simple.

Lean las cartas, ellas y las reminiscencias de cada uno mientras las lee, les darán respuestas.

1 (<http://latintainvisible.wordpress.com/2012/03/02/la-letra-con-sangre-entra/>),

Profe... Olga Giraldo. Sonsón Antioquia.

Siempre me he preguntado porq' la lectura en tantos momentos se torna compleja, porq' tengo q' leer y releer para entender el verdadero sentido de la lectura o el propósito del escritor... Siempre me he preguntado porq' hay personas q' no tienen esta clase de problemas y son mucho más precisos para expresar sus ideas cuando leen y sabes?.. Creo q' ya encontré la respuesta, crea q' te faltó un método, una estrategia, una metodología, tal vez faltó un poco de amor y compromiso en lo q' hacías y en vez de enseñarme a mí y a mis compañeros lo importante que era a hacer planas y repetir palabras sin sentido mejor me hubieses enseñado q' la lectura permite pensar, crear y soñar, debe ser por eso q' en ocasiones siento q' algo me falta, me faltan versos para la noche de luna, me falta un suspiro para el recuerdo de amor, me falta la risa para el niño q' llora, me falta el sol para calmar la lluvia... hoy siento q' todo eso falta en mi vida pero tengo lo más importante... tengo un libro para no llegar a ser como tú...

GRACIAS.



a-a-a-a-a
aio-onillo -
omo a mimo
mo-a-a-a.

Claudia Milena Castaño Arras.
Municipio de Nariño.
Vereda el Carmelo.

1.

Hola profe.

No recuerdo tu nombre no porque yo esté vieja sino porque sólo recuerdo de ti aquel libro espantoso que me hiciste leer en sexto grado, en plena adolescencia, donde yo esperaba encontrarme con un mundo fascinante lleno de magia que pudiera hacerme soñar y comprender la época que estaba viviendo; pero no, me hiciste leer Deshojando Margaritas, un libro de Walter Riso que habla sobre la vida en pareja y da muchos consejos sobre el educar a los hijos, yo nunca entendí la lectura, si yo no sabía aún si quería ser mamá y mi mente aún no entendía qué era tener un hijo y sus implicaciones, como para pensar en educarlos. No, yo creo que por eso hoy en día detesto los libros de superación personal y hoy tengo la convicción de que no quiero ser mamá. Y no sólo eso, me pasé todo el bachillerato sin querer leer por convicción.

PD: para ustedes.

Y esto no es todo, en once grado la profesora de Ética, que era una monja, nos puso a leer los libros de Cuautémoc Sánchez sobre sexualidad y nos ponía a hacer los talleres que en el libro se encontraban, los cuales eran muy personales y debíamos entregarlos en hojas de trabajo. Estos tenían preguntas como ¿hasta dónde has llegado con tu novio? ¿A qué edad piensas tener tu primera relación sexual? Y lo más chistoso era que quienes se negaban a entregar los trabajos perdían los capítulos de los libros y los debían reforzar, entonces los informes de bimestre le salía a uno en Ética algo así:

Ana María Hoyos

Ética: reforzar los capítulos de Masturbación, Relaciones sexuales premaritales.

Ana María Hoyos F.

Licenciada en Pedagogía Infantil.

(Envigado, Antioquia. Taller con Comfenalco Antioquia, 2009.)

2.

Querida y recordada madre:

La presente es para darte los agradecimientos de que si no hubiera sido por tí no me hubiera aprendido a hacer mi nombre y aprender a leer lo poco que sé porque usted se preocupó por entrarme a la escuela donde un profesor me enseñara a escribir.

Mamá y papá fueron las palabras más hermosas que me enseñaron. Aprendí muy poco por falta de recursos para darme el estudio, pero de todas maneras muchas gracias a ti.

Aprendí las vocales, a firmarme, aunque no le caí muy bien a la maestra Rosalba, porque yo era una niña negra, fea y muy mal vestida, pero de todas maneras por ella también aprendí lo poco que sé. También me sentía muy mal porque todos los compañeros se burlaban de mí y ahora también soy madre comunitaria tampoco les caigo muy bien a las compañeras y esto me aflige porque me mantienen como un cero a la izquierda, no todas, pero yo entiendo que en un grupo debiéramos ser bien unidas.

Atentamente,

Gloria Sánchez.

(Envigado, Antioquia. Taller con Comfenalco Antioquia, 2009.)

3.

Hola Anjy.

¿Te acuerdas de aquel día que estabas sentada en la parte alta del muro de tu casa leyendo tan preciosa lectura con tan inmensa concentración, y tan sublime y hermoso suspiro que diste a la hora de terminar aquella lectura?

Allí estaba yo en la parte de abajo del andén escuchando y disfrutando de tan hermoso momento.

Sentí que ambas estábamos en aquella lectura y desde ese momento sentí tanto acercamiento por los libros que cuando estoy leyendo, casi siempre me acuerdo de aquella vez y mi lectura se hace más amena y la disfruto plenamente. Gracias niña porque sentí que desde ese día mi amor por la lectura creció y siento que sigue creciendo.

(Recogida en Apartadó, Antioquia. Taller Comfenalco Antioquia, 2008.)

4.

Julio 15, 2010.

Amasita:

Hoy estoy en un lugar maravilloso que cierra con broche de oro los recuerdos que durante toda la semana me evocaban mi niñez y usted, mamá, la más inteligente y hermosa de todas las mujeres del mundo.

¿Se acuerda, amá, cuando los domingos por la tarde llovía y usted y yo nos encerrábamos en la sala a comer dulces y empezaban a desgranarse una tras otra las más insólitas historias de ángeles, príncipes, reyes, brujas y demonios, que usted juraba que eran verdad y que yo escuchaba sin respirar y con los ojos abiertos? Y cuando me atrevía a decir “amá, eso parece mentira”, usted me decía “cómo va a ser mentira, no ve que están escritas en libros”.

Y por eso amo la lectura, porque busco en los libros sus palabras y en sus páginas sus ojos y en sus letras su corazón lleno de amor.

Ahora, cuando siento tristeza, desolación o dolor, me refugio en su amoroso pecho en el gran amor de un libro.

Cierro los ojos y leo a través de los suyos.

Amasita, no he crecido, todavía y muchas veces, sigo siendo niña.

Gilmiada.

Gilma Cardona Álvarez.
Salinas, Caldas.

(Recogida en Encuentro de Bibliotecarios de Antioquia; Biblioteca y Centro Comunitario Rural Laboratorio del Espíritu, 2010).

5.

Mariposas.

No es tiempo de recriminarse por no haber querido ir a la escuela, es que era tan bonita, tenía rosas, estaba recién pintada, y todos mis amigos iban alegres, cantando con sus bolsas amarradas a la espalda con un bejuco, y dentro de un cuaderno ya casi por terminar apenas iniciado el año; era de dos años atrás que no habían terminado.

Era bonito ver cómo llegaban sudados, cargados de conocimientos de castigos, de haber aprendido tantas cosas que en la casa no las hubieran aprendido. Me sentía más a gusto verlos que ir entre ellos. Mi mamá solía decirme “tú eres un burrito sin marca”. No sé por qué lo decía. Ir a la escuela, dejaba de llamarme así; cuántos más malos que yo asistían a la escuela y aún sus madres con la pobreza en la que estaban nunca le decían nada.

No sentía ganas, pues para qué ir a la escuela, ah sí, barrer, trapear, limpiar las mesas, cargar agua e ir a comprarle los huevos, pues tanta grasa había comido que no aguantaba dar dos pasos. Eso lo hacía en la casa y luego me quedaba tiempo de hacer rayas con un color que encontré en la calle.

No fue mucha la sorpresa cuando a algunos de mis amigos les mostré mi cuaderno; vaya sorpresa para ellos cuando vieron mi cuaderno. Entre esas rayas estaban las letras que la maestra les había enseñado en medio año.

Fue tanta la insistencia de mis compañeros que antes de irse les prometí ir al día siguiente a la escuela.

Las frescas flores del jardín alimentaban mis ganas de aprender envolviéndome con su aroma; cruzando la puerta, allí estaba la oruga sentada en su silla y su grande mesón. Y aún recuerdo sus primeras palabras: “el niño nuevo deberá hoy: barrer, trapear, traer el agua y limpiar las mesas, por no haber venido en medio año”. Los niños pusieron encima sus útiles, bueno, su cuaderno y color partido por la mitad, para darle al hermano el dedo y la saliva por si se equivoca. La maestra mandó a los niños al patio y les tiró una pelota de caucho que su hijo se había cansado de darle pata. Cumplí con mi tarea y faltando cinco para las doce recogí la pelota, la guardé, se montó en su carro y se fue, con tanto peso en su cuerpo como las ilusiones del más flaco que jugaba en el patio. Gracias a Dios o al que

está arriba, o está abajo, partimos de este pueblo, fui matriculado en la escuela Sagrado Corazón, en donde el corazón de la maestra me enseñó a escribir y leer.

La oruga no sé si se volvió mariposa y brilló con las ilusiones de sus niños, o si siempre fue oruga y con sus colores les pintó su mundo ne-gro.

Roque Rizo Osorio

Río de Oro

(Valledupar, Cesar. Taller con Comfenalco Antioquia, 2009.)

6.

Colegio “La Carbonera”.

Mi vida escolar fue muy triste. Era una niña huérfana de padre, mi madre se dedicaba a trabajar porque, aparte de mí, que era la niña de la casa, había seis hermanas más por las que también tenía qué ver. Debía trabajar muy duro, dedicarse al campo para poder entrar la comida a la casa; como los recursos económicos eran muy pocos, no alcanzaba para comprar ropa y zapatos.

Yo era una de las niñas más juiciosas y dedicadas pero había algo que me marcaba toda mañana de cada día: no tener unos zapatos para poner en mis pies. Pero a pesar de esto despertaba cada mañana con ansiedad de ser la primera en estar en las filas de la formación. Apenas estaba allí, me sentía señalada por todos los compañeros, en especial por los grupos superiores, al ver que había llegado la niña que nunca llevaba unos zapatos en sus pies. Pero esto no fue por mucho tiempo; mis hermanas fueron creciendo, se dedicaron a trabajar junto con mi madre y mi vida escolar fue mejorando. Y gracias a mi madre, que con tanto esfuerzo y dedicación hace ocho años me gradué y ahora hace un año que trabajo con niños.

Flor Alba Orrego.

(Recogida en Andes, Antioquia. Taller Comfenalco Antioquia, 2009.)

7.

Septiembre 25, 2009.

Querido profesor Alipio Córdoba.

Recuerdo en los años 80 cuando era una niña de apenas 7 años de edad, recuerdo que tenía que caminar una hora aproximadamente de camino donde teníamos que subirnos la falda hasta los senos, caminar por el pantano durante una hora de camino donde los perros de la casa por donde pasábamos nos hacían correr y tirarnos al agua; muchas veces los cuadernos se nos mojaban, la ropa que llevábamos en la bolsa para ponernos cuando llegáramos a la escuela se la llevaba el río. Con todos esos percances muchas veces llegábamos tarde a la escuela, encontrábamos la puerta cerrada y el profesor sosteniendo la puerta porque no tenía cerradura.

El profesor ni siquiera nos preguntaba por qué llegamos tarde, sabiendo que veníamos de muy lejos, si no que nos ponía a recoger papeles, caca de perro, caballo, que amanecía alrededor de la escuela.

Con asco y ojos cerrados recogíamos lo que nos mandaba el profesor, luego barrer el salón y las calles y luego al salón. Nos hacía entrar, y de ñapa nos preguntaba las planas que habían hecho durante el tiempo que no habíamos estado.

Gracias te doy por hacer que con miedo y pesar aprendiera a leer y ser una profesional.

Ana Berrío.

(Recogida en Carepa, Antioquia. Taller con Comfenalco Antioquia, 2009)

Mi Querido Diego

Llegué a 3ro de primaria a una escolita pública donde no conocía a nadie y madre me conocía a mí. Chiquita, flaquita y muy blanquita y llena de pecas ~~llegué~~ ^{enté} al salón de clase, un salón donde niños y niñas aprendían a la par.

Una semana de clase fue suficiente para identificar a ese niño que me gustaba, se llamaba Diego y tenía los ojos verdes. Diego era buen estudiante pero tenía amigos muy indisciplinados. Un día decidí escribirle una carta de amor a Diego dedicándole todo mi amor y envié una emisana a que le entregara la carta, Diego no la leyó solo, lo ^{no} con sus amigos que almente se burlaban y carcajeaban. Me sentí triste y burlada, al final del día en el bus de la escolita camino a nuestras casas Diego se me acercó y me dijo: beso se escribe con b grande y no con v pequeña y ahí entendí las burlas y risas que finalmente valieron la pena, Pues Diego se acercó.

Carolina Jaramillo ±

8.

Despreciable Regina Valenzuela.

Hoy, cuando los días me devoran mientras veo sobre un libro, recuerdo con un dolor concentrado aquel día en que pusiste sobre mi pupitre en enorme libro abierto; en él reposaban los restos fosilizados de un esqueleto que con sus ojos perdidos me hacía temblar. Tenía cuatro años y pretendiste que dibujara tal cual aquella imagen en mi libreta en la que sólo había espacios en blanco y residuos de alimentos. No sabía leer palabras como omoplato, fémur, cúbito, peroné o pelvis. Sin embargo asumiste públicamente ante mis también perdidos compañeros que era un desmejorado ser humano que no progresaría. Mi falta de competencia me generó un castigo tan doloroso que hoy quedan huellas tan profundas como el hecho de haber olvidado tu verdadero nombre, después de haber cargado dos enormes ladrillos en mis manos y soportado la presencia cruel de granos de maíz bajo mis rodillas.

¿Cómo leer frente a una cruel bestia que promete matarte si dices crepusculo en lugar de crepúsculo? ¿Cómo amar un libro que ha sido culpable de un cruel castigo?

Atentamente,

Félix Molina.

(Valledupar, Cesar. Taller con Comfenalco Antioquia, 2009.)

9.

Guarne, junio 14 de 2012.

Querido Profesor Quijano.

Estudiar en el colegio Peniel fue bueno hasta el día que usted me pegó ese horrible reglazo de manera tan injusta. Digo injusta porque cuando le dije que se me había quedado el cuaderno de español era cierto, pero usted no quiso creerme. Más que el reglazo, me dolió su desconfianza en mí, habiendo sido la mejor estudiante hasta entonces.

Recuerdo que llegué a casa llorando, no almorcé y cuando mi mamá me preguntó qué había pasado, casi no podía hablar. Ella, preocupada, llamó a mi papá. Con él pude desahogarme, le dije que no quería volver al colegio, le conté que usted me hizo hacer una fila con los niños que no habían hecho la tarea y a todos nos golpeó en la mano. Jamás mi papá me había golpeado, él me iba a entender y a defender. Así fue. Indignado pero tranquilo me consoló y respetó mi flojera por el colegio.

Hasta que un día apareció usted en mi casa. Fue el acto más humilde que jamás había visto pues recuerdo cómo usted se disculpó con mi padre y conmigo.

Este acto de humildad me dio ánimo de nuevo y volví al colegio.

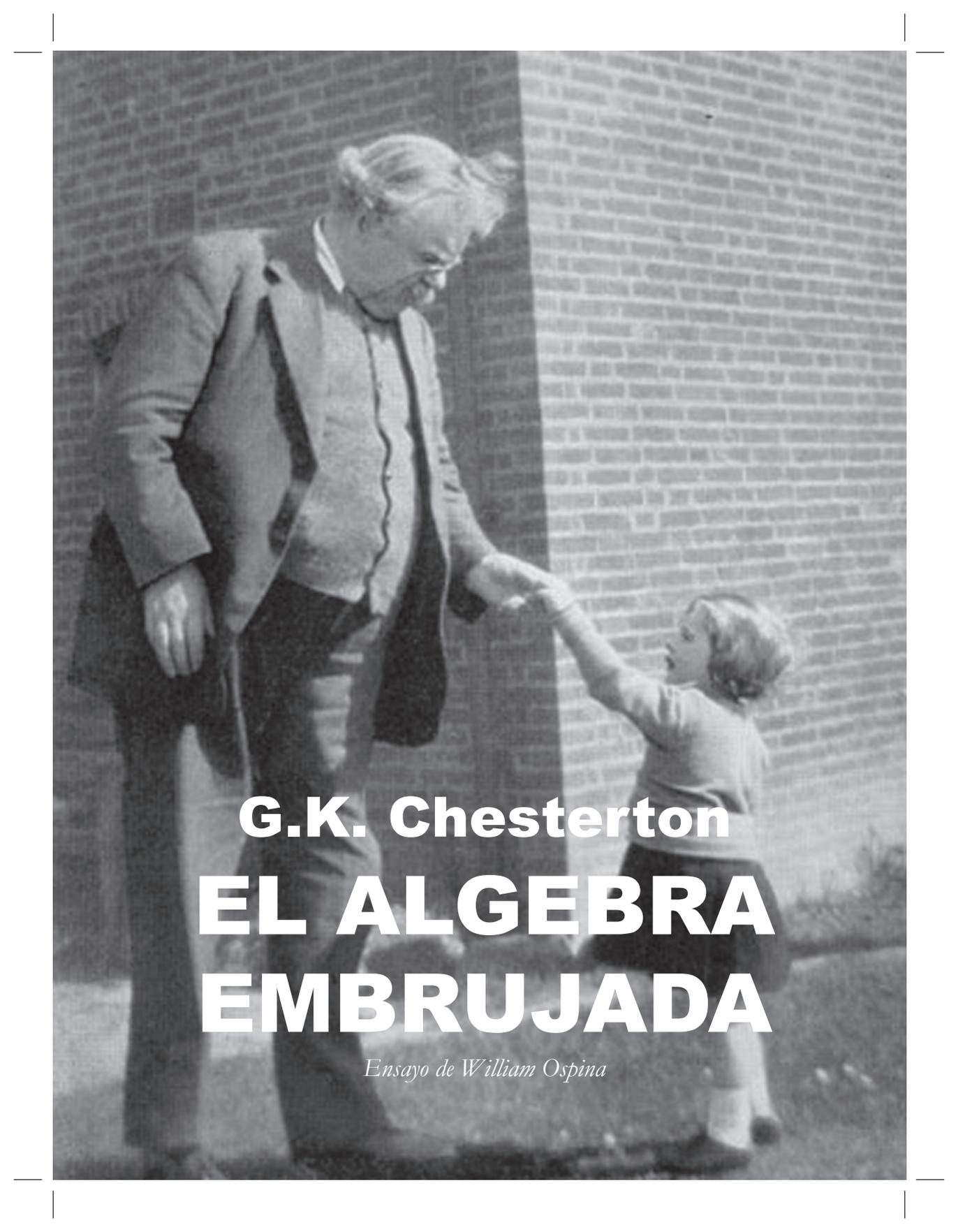
No sólo aprendí con usted buena ortografía, el orden y la perseverancia, sino a entender que todos en algún momento nos podemos equivocar, y que no debemos quedarnos en el error, reprochándonos la culpa. Hay que salir, vencer los miedos, corregir el error y salir adelante. Desde ese día usted fue más justo mis compañeros también. Nunca olvidaré las salidas al río a buscar piedritas raras, o insectos, los cuales colocábamos en frasquitos, o las competencias deportivas. En fin, profe, mi paso por el colegio fue más grato gracias a usted.

Atentamente,

Margarita Trujillo Pérez.

(Guarne, Antioquia. Taller con la Cooperativa de Ahorro Confiar, 2012.)



A black and white photograph of an elderly man with glasses, wearing a suit and a light-colored vest, holding the hand of a young child. They are standing in front of a brick wall. The man is looking down at the child, and the child is looking up at him. The scene is outdoors, with some grass visible at the bottom.

G.K. Chesterton
EL ALGEBRA
EMBRUJADA

Ensayo de William Ospina

Como todo autor de relatos policiales, Gilbert Keith Chesterton vivió las viejas obsesiones de Poe: la sinrazón y la razón, la oscuridad de los hechos y la claridad de las reflexiones. Veía al mundo tan confuso y tan misterioso que no cesó de buscar su orden secreto, su justificación y su sentido. Tenía una tal proclividad al horror que necesitaba una verdad a la cual adherir y desde la cual ordenar el ovillo del tiempo, y halló en el cristianismo militante lo que requería. Esa verdad sorprendente y durable que ya había resistido veinte siglos le pareció suficiente fortaleza para soportar los asedios del escepticismo moderno y el caos que avanzaba sobre la civilización. Más aún, en el ámbito de la cristiandad, optó por profesar la fe más debatible, la más rechazada por la Europa moderna, la de la Iglesia católica romana. Defender esa Iglesia exige ser un maestro de la paradoja y es eso lo que Chesterton fue. El hombre más lleno de argumentos que haya pasado por la Europa del siglo xx había encontrado una verdad suficientemente difícil de defender: ahora tendría tema para interminables discusiones y libros voluminosos.

Fue un defensor de la fe en la edad del escepticismo, un apóstol de la magia en los yermos del positivismo, un prosélito del milagro en los mercados de la razón; defendió la tradición frente al progreso, el vivo lenguaje de la poesía frente a los esquemas y los tecnicismos de la sociedad mecanizada, los cuentos de hadas frente a las monotonías del realismo psicológico.

Chesterton parece una nueva versión de Tomás de Aquino, de quien escribió una biografía admirable. Y lo parece no sólo por su volumen físico y por su inocultable deleite con las cosas del mundo, sino porque continuamente se aplica a razonar la fe y a defender con argumentos lógicos justo aquello que está más allá de la razón. Pero Tomás de Aquino aplicando en el siglo XIII la lógica de Aristóteles para dilucidar las costumbres de los ángeles, está señalando el nacimiento del escepticismo moderno y del racionalismo; Chesterton, haciendo algo semejante después de Kant, parece ser solamente un maestro de la ficción. Sus relatos, siempre al borde de la irrealidad y del milagro, están llenos de exquisitas simetrías y apenas merecen la objeción de ser demasiado perfectos. De ello es ejemplo amenísimo *El candor del padre Brown*, serie de cuentos policiales donde el detective no es ya un laberíntico y pensativo Auguste Dupin, ni un digresivo Holmes, sino un curita católico bondadoso y perspicaz que no pretende encarnar la inteligencia desconcertante sino el sentido común, y que ciertamente lo logra.

Borges dijo que Chesterton es el hombre más querible que nos ha dado la literatura. Dante nos parece severo y tal vez triste; el doctor Johnson demasiado sentencioso y enfático; Goethe, un señor ebrio de importancia y sublimidad; Voltaire, un buen humor quebrantado por la hiperestesia y la hipocondría; Whitman, un poco ciclónico para ser un interlocutor comfortable; Chesterton en cambio produce la misma impresión que Dickens, la de ser un amigo confiable, ocurrente y muy entretenido para un largo paseo por los campos.

Chesterton siente la más hermosa —y, a medida que crece el desierto, la más escasa— de las pasiones terrenas: el espontáneo amor por los seres humanos, el deleite de ver corrillos y fiestas, romerías y zambras, la emoción de los tumultos y hasta la oscura fascinación por las rebeliones. Sabe ver el duende que es cada ser humano; y ver aparecer en sus obras a los personajes es siempre asistir a la irrupción de un vistoso enigma. Le importa su fisionomía, su indumentaria, su gestualidad, sus dimensiones físicas, y de ello proviene la intensidad de Flambeau, y parte del encanto de sus fechorías. Como el mismo Flambeau lo dice, es una lástima que se le hubiera ocurrido arrepentirse y llegar a ser un varón edificante, porque cualquier lector advertirá que en cuanto Flambeau deja de ser un bandido disminuye notablemente su interés para nosotros. Chesterton comprendió muy pronto que su héroe fascinante era el delincuente, y que él mismo estaba siendo seducido por las diabluras de ese refinado bribón de pelo rojo, y decidió poner fin a su carrera delictiva de un modo ejemplar aunque decepcionante.

En sus relatos policiales a Chesterton lo perjudica ser un padre de la Iglesia tan aguerridamente comprometido con el bien; no se puede entusiasmar con los criminales —como tan frecuentemente lo hacía Shakespeare— y tiene que conspirar su perdición a pesar de que él mismo dejó escrito que el artista es el criminal y que el crítico es sólo el detective.

Los relatos y las novelas de Chesterton, cada uno provisto de su nuez metafísica, todos abundantes en paisajes privilegiados y lances peligrosos, tienen la invariable virtud de ser inolvidables. Chesterton era también pintor, y basta su prosa para atestiguarlo. Habla de “la cinta de plata de la mañana”, del cielo como “una cúpula de oro virgen”, del atardecer escarlata sobre los rosales siniestros, de un fuego nórdico extinguiéndose sobre los estanques de Escocia. Un príncipe vestido de un modo heráldico y teatral se verá multiplicado por los espejos; los caballeros de cierto club usarán trajes verdes para no ser confundidos con los criados; el padre Brown y su amigo descifrarán un antiguo crimen caminando por un bosque nocturno a cada instante plateado por los relámpagos; el fin de la Edad Media aparecerá ante nuestros ojos como con una aurora italiana en la que un mendigo viene cantando rodeado por una embrujada nube de pájaros; el paganismo, como un jardín perturbado por el olor de las guirnaldas de Priapo.

Pero todo esto nos revela también que, a cada instante dedicado a sus relatos de imaginación, a sus biografías o a sus ensayos apasionados y paradójicos, Chesterton es fundamentalmente un poeta. El lenguaje fulgura en sus manos como una piedra mágica; al soplo de sus palabras salen a nuestro encuentro bosques encantados, muelles siniestros y navíos misteriosos. Chesterton no sólo crea personajes nítidos y memorables, proyecta sobre las paredes de la mente su forma ideal y sus prolongaciones fantásticas: ese hombre sardónico de ojos torcidos parece el mismo diablo; ese inspector que acaba de suicidarse tiene el ceño de Catón; ese hombre indignado que vocifera desde un coche ¿no es Víctor Hugo tronando su



cólera contra el Imperio? En ese que mira con tenso rostro ¿no parece rebrillar a veces el rostro de Robespierre? Todo en manos de Chesterton cobra nueva vida. No lo leemos para vernos confirmados en nuestro mundo sino para sentirnos huéspedes asombrados de un reino encantado. Sus biografías son obras maestras del género y, sin pretenderlo, logran ser tan arquetípicas como las de Emerson. Robert Browning es, de algún modo, todos los poetas. Dickens, todos los novelistas, Cobbetts, todos los patriotas. Y todos los poetas, todos los novelistas, todos los patriotas, están poseídos, arrastrados por el oleaje ineluctable de una gran pasión por la humanidad, por el planeta en que esa humanidad discurre, por el orden siempre inalcanzable al que esa humanidad aspira.

Chesterton es tan buen poeta que hoy casi nadie lo percibe como tal. Sus poemas son lo único que nadie publica de él. Uno puede buscar su *Balada del caballo blanco* en numerosas librerías, antologías y catálogos ingleses y norteamericanos sin encontrarla nunca, a pesar de que sabemos que es uno de los más altos poemas de la Inglaterra del siglo XX. Gracias a algún traductor piadoso, conocemos en español su libro de poemas *La reina de las siete espadas*, dedicado a la glorificación de “la bruja blanca”, la madre de Jesús de Galilea, o para decirlo mejor, dedicado a ese momento en que

*La oscura Diana de las grutas
cuyo nombre en el infierno es Hécate*

abandonó el cielo donde estaba coronada por los cuernos de la luna de oro, para ser sucedida por esa mujer que tiene siete espadas en el pecho y la curva luna bajo sus pies.

Y gracias a Borges tenemos en español una admirable versión del poema “Lepanto”, donde Chesterton, después de describir el avance de las naves otomanas por el Mediterráneo, y el avance de la cruzada de don Juan de Austria desde los confines de España, y cómo se dirigen los dos hacia el golfo donde se librará la batalla, muestra el simultáneo movimiento de los poderes celestes; lo que está ocurriendo en el Paraíso de Alá, donde Mahoma

*Sacude los jardines de pavos reales al despertar de la siesta
y camina entre los árboles, y es más alto que los árboles*

y convoca a sus genios y ángeles “múltiples de ala y de ojos” para que vayan a luchar contra el infiel, mientras en las montañas de los ciclos de Cristo, el arcángel Miguel

*Blande su lanza de hierro, bate sus alas de piedra
preparándose para entrar el combate.*

El poema puede ser visto como una reconstrucción histórica y mítica de la batalla de Lepanto y de la guerra entre Oriente y Occidente, pero también como un recorrido por los diversos estilos del arte pictórico de Occidente, desde el colorido de los maestros medievales, las claridades venecianas, las penumbras flamencas, las alegorías simbolistas, las tempestades de luz de Turner y los paisajes psicológicos del impresionismo hasta las libertades y vértigos del arte contemporáneo:

*Desde las rojas nubes de la mañana, en rojo y en morado se precipitan
Ataviados de verde suben rugiendo de los infiernos verdes del mar,
Donde hay cielos caídos y colores malvados y seres sin ojos...
Brotan en humaredas de zafiro de las azules grietas del suelo...*

También es el poema un homenaje de Inglaterra a España —que era su rival en tiempos de la Casa de Austria—, de la lengua inglesa a la lengua española, y del espíritu épico de Inglaterra a un humilde soldado que combatía desde el caos de sangre de las galeras españolas: don Miguel de Cervantes.

En Alguno de sus artículos de prensa, Chesterton apostrofó con indignación a alguien que sostenía, que los cuentos de hadas eran demasiado crueles para los niños y que solían llenarlos de terror. “Pretender que no se debe leer cuentos a los niños porque los asustan —dijo— es como pretender que no deben mostrar novelas sentimentales a las jovencitas porque las hacen llorar.” Anadió que el miedo y los monstruos están en el alma; que cualquier niño, mirando la noche, los conoce, y que lo que hacen los cuentos no es revelarles la existencia del terror sino la posibilidad de triunfar sobre él: el príncipe puede matar el dragón, el ogro puede ser vencido por la sagacidad del niño, Pulgarcito puede derrotar al gigante. En otra parte sostiene que la gran diferencia entre las mágicas historias antiguas y las prosaicas y realistas historias modernas es que en las antiguas el héroe era sensato y el mundo estaba loco, mientras que en las modernas el mundo es tediosamente normal pero el héroe ha enloquecido. Tal vez Don Quijote sea el sublime testimonio de ese momento terrible, cuando el heroísmo y el milagro se convirtieron en delirio y locura, cuando con lo que ha sido llamado “la era mundial de la prosa”. Si ello es así, Chesterton es un vasto anacronismo, un rebelde magnífico y un gran contradictor de la decadencia del mundo.

No desconfiaba del lenguaje, pero desconfiaba de la lógica formal, de la razón arrogante y de los discursos técnicos. Pensaba que un lenguaje eficaz y verdadero es aquel que nos acerca a los fenómenos, no aquel que pretende situarnos por encima de ellos, en la nube ingenua de la mera descripción funcional. Sin duda creía que es bueno intentar comprender el mundo, pero su comprensión no era puramente cerebral y abstracta, el arte de la disección y la desintegración, sino aquella comprensión que lo comprende todo, es decir que lo abarca.

Es evidente que una descripción física de una rosa, una disertación biológica sobre su morfología y sus procesos, una fórmula química de su composición, e incluso una definición de la rosa desde distintas perspectivas físicas y psicológicas, geográficas e históricas, simbólicas y heráldicas, pueden aproximarnos un poco al entendimiento de todo lo que una rosa significa, pero como todo lenguaje que delimita y aísla los objetos, nos separan de aquello que pretenden nombrar y cada vez se parecen menos a la sensación física y al estado anímico que la rosa suscita en nosotros. Muchos lenguajes suelen privilegiar la razón a expensas de los sentidos. Chesterton siente que esos discursos pueden ser valiosos, pero que el lenguaje más poderoso sólo puede ser aquel que de algún modo capture a la rosa, que atrape algo de su misterio, que logre producir en la conciencia y en los subfondos de la sensibilidad humana, lo mismo que en la superficie, las emociones y los deslumbramientos que la rosa produce. Al lenguaje que logra esa influencia y ese poder es a lo que Chesterton llama poesía. Por eso afirma que la razón funcional es demasiado parcial y que las únicas explicaciones que le parecen sensatas son de índole mágica. “Sólo puedo creerle a quien me dice que el árbol del jardín produce manzanas de oro porque bajo sus raíces duerme un dragón” – escribió-. “Esa me parece una verdad tan satisfactoria como la de quien sabiamente afirma: El agua corre porque está hechizada.”

Con tales argumentos este hombre extraordinariamente razonable libró su simbólico combate contra la razón. No le interesaba, creo yo, el improbable e innecesario triunfo, le interesaba vulnerar la arrogancia con que el discurso del racionalismo y de su hijo necio, el positivismo, pretendían haber superado la edad de lo impreciso y de lo oscuro, y haber desterrado todo lo divino, todo lo misterioso del mundo. Fue con ese mismo fin que hizo su admirable comparación entre el poeta y el racionalista. Afirmó que el poeta, alguien más bien ingenuo y humilde, sólo pretende poner su cabeza en el firmamento, pero que el racionalista pretende meter el firmamento en su cabeza, y que eso sí resulta peligroso.

Es verdad que en su esfuerzo por vindicar la poesía, la imaginación y el misterio, Chesterton terminó identificando esas cosas con el cristianismo, y lo que es aún más difícil, con el catolicismo. Pero el suyo es un catolicismo hartamente ingenioso y elocuente; un catolicismo tan colorido, tan alegre y tan juguetón, que difícilmente habrá católicos que no lo venteen como sospechosa herejía. Los católicos que lo disfrutan estarán sin duda salvados para la alegría de vivir, pero muchos que no somos católicos podemos disfrutarlo sin la menor dificultad. Su poesía es tan intensa y tan exquisita que nunca impone a la imaginación las verdades o los dogmas de los que se nutre. Y así como nos es dado leer conmovida y deleitablemente a Homero sin oficiar en los altares de Palas o de Ares, así nos es dado leer a Chesterton y comprometernos con sus verdades profundas sin tener que rendirnos a su mitología.

Esta fue importante para él. Le ayudo a vivir, a sortear sus abismos, a resistirse a la desacralización del mundo, a intuir respuestas magnificas y gérmenes de vigorosas verdades para defender las más altas virtudes del hombre, respuestas que el futuro sabrá merecer y ahondar.

Por los labios de Chesterton habla una civilización. La “vasta y vaga y necesaria” civilización cristiana, que es el escenario histórico donde lo humano luchó con lo divino la noche entera, como Jacob con el Ángel. En esa lucha el hombre comprendió que triunfaría. Y en ese momento comprendió también, aturdido, que su triunfo sería la muerte de todo, incluso de sí mismo, porque lo que llamaba Dios no era más que el indescifrable manantial de su propio sueño. En ese punto, inspirado a la vez por los desvelos racionalistas de Tomás y por los cantos naturales de Francisco de Asís, Chesterton unió su voz a la de todos los que abogaban por la supervivencia de los mitos, por la lucha contra la extinción de algunas especies amenazadas, como las quimeras y los ángeles. Y lo hizo de la única manera posible: utilizando la razón para lo más difícil, para combatir a la razón; poniendo al discurso a luchar contra sí mismo, mediante el belicoso recurso de la paradoja, y logrando que sobre esas pugnas triunfará finalmente “el algebra embrujada”, la poesía. (1995) ☹



NUESTRA GENTE

Antonio Cisneros

Perú 1942- 2012. Poeta. Premio Iberoamericano de Letras José Donoso, Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia, Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda. Algunas de sus obras: *Comentarios reales* (Premio Nacional de Poesía, 1964) *Canto ceremonial contra un oso bormiguero* (Premio Casa de las Américas, 1968), *El libro de Dios y de los húngaros* (1978), *Crónicas del Niño Jesús de Chilca* (Premio Rubén Darío) (1981).

Enrique Vila Matas

Barcelona, 1948. Es uno de los más destacados escritores europeos del momento y está traducido a 29 idiomas. De su extensa obra destaca *El viajero más lento*, *Suicidios ejemplares*, *Hijos sin hijos*, *Recuerdos inventados*, *Lejos de Veracruz*, *El viaje vertical* (Premio Rómulo Gallegos 2001), *Bartleby y compañía*, *El mal de Montano* (Premio Herralde, Premio Nacional de la Crítica, Prix Médicis étranger 2003), *Paris no se acaba nunca*, *Doctor Pasavento* y *Exploradores del abismo*.

Gerardo Rivera

Vive en una casa de campo en Chicoral, viajero impenitente y luminoso poeta. Ha escrito los libros: *El viajero de los pies de oro*, colección *La rueda entre las nueces* (2003). *A lo largo de las estatuas de octubre*, colección *Escala de Jacob* (2004), *El Lugar de la espera* (2010). Ganó el premio de Poesía Jorge Isaacs en el 2006 con su libro: *Una nada cubierta de hojas*.

Héctor Abad Faciolince

Medellín, Colombia. Poeta, escritor, traductor de italiano. Ha publicado tres novelas: *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), *Fragmentos de amor furtivo* (1998) y *Basura* (2000), con la que obtuvo el Premio de Narrativa Innovadora de la Casa de América, de Madrid. Su libro *El olvido que seremos* (2006), ha recibido los mejores comentarios de la crítica nacional e internacional. Ya está en circulación su libro de poemas *Testamento involuntario*.

Jaime Jaramillo Escobar

Conocido como X-504. Poeta cofundador del nadaísmo. Obras publicadas: *Poemas de la Ofensa* (1968); *Extracto de poesía* (1982); *Sombrero de Abogado* (1983); *Poemas de tierra caliente* (1985); *Selecta* (Antología, 1987); *Albeña y Azúbar* (1988); *Poemas principales* (2000); *Método fácil y rápido para ser poeta* (2011). Premio nadaísta de poesía Cassius Clay (1967); Premio nacional de poesía Eduardo Cote Lamus (1983); Premio nacional de poesía Universidad de Antioquia (1983). En la actualidad dirige un taller de poesía en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

Javier Naranjo

Medellín. Poeta y promotor de lectura, así como docente y gestor cultural. Actualmente trabaja en la Biblioteca y centro comunitario rural Laboratorio del Espíritu en El Retiro, Antioquia. Algunos libros publicados *Silabario*, *Lugar de cuerpo ciego*, *A la sombra animal*.

Jorge Bustamante García

Zipaquirá, 1951. Estudió geología en Rusia, en donde vivió por espacio de ocho años. Ha vivido en Colombia, Costa Rica y México, donde reside desde 1982. Algunos de sus libros: *El caos de las cosas perfectas*, *Literatura rusa de fin de milenio*. Sus traducciones de poetas rusos han sido publicadas en México y Colombia: *Poemas de Anna Ajmátova*; *Cinco poetas rusos*; *Palabra del solitario*. *Ensayos sobre poesía rusa*; *Poemas escogidos de Anna Ajmátova*; *El Instante Maravilloso: Poesía Rusa del siglo XX*.

Juan Felipe Robledo

Medellín, 1968. Estudió Literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá, donde es profesor. Premio internacional de poesía Jaime Sabines 1999 en México con *De mañana*. Ganó el premio nacional de poesía del Ministerio de Cultura 2001 con *La música de las boras*.

Juan Gustavo Cobo Borda

Escritor colombiano, periodista, poeta y crítico. Ha elaborado numerosas monografías como las de Arciniegas o Mutis, y es editor de diversas obras de poesía. Acaba de ser publicada su *Poesía Reunida* en la colección *Letras Sagradas* de la Editorial Tusquets.

Pedro Serrano

(Montreal, 1957). Poeta, editor y traductor. Estudió literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado ensayos y poemas en revistas mexicanas como *Casa del Tiempo*, *Diálogos*, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *Vuelta*, y *Cartapacios*. Actualmente es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Algunos de sus libros publicados *El miedo* e *Ignorancia*.

Teresa Arijón

Poeta y traductora argentina. Obras suyas son: *La escrita* (1988), *Teoría del cielo* (1992; con Arturo Carrera), *Alibi* (1995), *El libro de las criaturas que duermen a nuestro lado* (1997), *El libro de la luna* (1998), *Orang-utans* (2000); con Bárbara Belloc, *Poemas y animales sueños* (2005). Fue integrante de la revista *18 whiskys* y coeditora de *La Rara Argentina*. Entre 2001 y 2002 realizó la edición de *Puentes-Pontes*, primera antología bilingüe de poesía argentina y brasileña contemporánea.

William Ospina.

Padua, Tolima, 1954. Poeta, ensayista, novelista y traductor colombiano. Premio Nacional de Poesía Colcultura en 1992 con el *El país del viento*. En ensayo destaca *Es tarde para el hombre* (1994). En 2005 publicó su primera novela *Ursúa*, en 2007 *El país de la canela*, obra con la que recibió el Premio Rómulo Gallegos en 2009, y recientemente *La Serpiente sin Ojos*, obra con la que culmina esta trilogía.



Universidad
Tecnológica
de Pereira

Programas Académicos

CIENCIAS AMBIENTALES

- **Administración Ambiental**
- **Administración del Turismo Sostenible** *por ciclos propedéuticos (Primer ciclo Técnica Profesional en Procesos del Turismo Sostenible). Nocturna.*

LICENCIATURAS JORNADAS DIURNA

- **Comunicación e Informática Educativa**
- **Pedagogía Infantil**
- **Lengua Inglesa**
- **Música**
- **Artes Visuales**

LICENCIATURAS JORNADAS NOCTURNA

- **Español y Literatura**
- **Filosofía**
- **Matemáticas y Física.**
- **Etnoeducación y Desarrollo Comunitario.**

PROGRAMAS JORNADA ESPECIAL (Nocturno)

- **Ingeniería Electrónica** (2.7 SMLV)
- **Ingeniería de Sistemas y Computación** (2.7 SMLV)
- **Ingeniería Industrial** (2.7 SMLV)
- **Ingeniería Mecatrónica** *por ciclos*

propedéuticos (Primer ciclo Técnico Profesional)

- **Tecnología en Atención Pre hospitalaria** (3.0 SMLV)
- **Medicina Veterinaria y Zootecnia** (6.0 SMLV) Diurna

INGENIERIAS JORNADA DIURNA

- **Ingeniería Eléctrica**
- **Ingeniería Industrial**
- **Ingeniería Mecánica**
- **Ingeniería de Sistemas y Computación**
- **Ingeniería Física**

TECNOLOGÍAS JORNADA DIURNA

- **Tecnología Eléctrica**
- **Tecnología Industrial**
- **Tecnología Mecánica**
- **Tecnología Química**

CIENCIAS DE LA SALUD

- **Medicina**
- **Ciencias del Deporte y la Recreación**

Centro de Registro y Control Académico
Conmut. 3137300 Tel Directo: 3137139 - 3137483 - 3137482
3137176 - 177-178-179 Fax 3212769



www.utp.edu.co/inscripciones





BANCO DE LA REPÚBLICA

AGENCIA CULTURAL - PEREIRA

Calle 18 bis # 9 - 37

Teléfono: 324 3400

E-mail: agenciaculturalpereira@banrep.gov.co

Visite: www.banrepcultural.org/pereira



BANCO DE LA REPÚBLICA

ÁREA CULTURAL - MANIZALES

Carrera 25 # 52-40, Edificio Versalles Plaza, piso 1

Teléfonos: (6) 885 8515 y 885 4550, ext. 6100/6135

E-mail: smz-areaculturalmanizales@banrep.gov.co

Visite: www.banrepcultural.org/manizales

Use la opción "Inscribase a nuestro Newsletter",
para inscribirse a nuestra lista de correos.

SERVICIOS:

- * Biblioteca: Sala General, Sala infantil y material regional
- * Préstamo externo de material bibliográfico y audiovisual
- * Consulta en línea del catalogo de la Red de Bibliotecas
- * Exposiciones temporales de arte y didácticas del Museo del Oro
- * Programación cultural: conferencias, conciertos y seminarios entre otros
- * Actividades de promoción de lectura
- * Préstamo de maletas didácticas del Museo del Oro
- * Prestamos de cajas viajeras de libros
- * Visitas guiadas a los espacios culturales